

# LA TRISTEZA DE BOLIVAR

por J. V. Castro Silva

---

## DISERTACION

leída por su autor en la Junta Solemne que celebró la  
Sociedad Bolivariana el 18 de septiembre de 1935 en el  
Aula Máxima del Colegio Mayor de  
Nuestra Señora del Rosario.

“ Au fond du cœur du roi, il n'y a qu'amertume.  
Il est tellement injuste, le jugement que le peuple  
porte sur sa politique..... S'il a obstinément combattu le particularisme des tribus, c'est pour qui naissent entre elles un esprit national qui les libère de leurs dissensions intestines, génératrices des convoitises étrangères; les libertés de chacune d'elles il a voulu les sauvegarder par une autorité centrale qu'il a voulu suffisamment forte pour arbitrer les inévitables conflits de ces libertés entre elles.

..... Et Salomon s'en alla, courbé sous le poids de l'injustice d'Israël”.

SALOMON—G. R. Tabouis

  
Universidad del  
**Rosario**

Archivo  
Histórico

## LA TRISTEZA DE BOLIVAR

**1829-1830**

En cuatro días del mes de julio de 1811 se recogieron y acendrarón las energías dispersas y potentes cuya síntesis fue causa de la independencia venezolana. Más de un año antes Cortés de Madariaga les había servido de precursor remoto, conmoviendo en un instante de grave agitación las vallas que se alzaban entre la simple posibilidad y la ejecución dolorosa y triunfante de la idea libertadora. El hervor de independencia enantes recatado y comprimido en los ánimos, salió entonces a la luz y, como toda vida en sus primeros movimientos, fue vacilante y confuso; informó primero la Junta Suprema de Gobierno, y con la lentitud y las dificultades que presagian una creación duradera y un impulso trascendental, encarnó luego en el Congreso General Constituyente. Y como vacila la existencia humana antes de quebrar los lazos de la infancia y de la adolescencia para afirmar su personalidad íntegra y viril, así aquel Congreso como que oscilaba entre la caballeresca atención al señorío hispano y el afán de organizar una auténtica soberanía. Una palabra solemne, declaratoria de la independencia omnimoda, era menester para que prevaleciese este segundo intento, y esa palabra se preparó durante cuatro meses, comenzó a formarse en la sesión del 3 de julio, y se pronunció entera, definitiva y retumbante el quinto día del mismo mes.

El ámbito de un templo, angosto si se mira su estructura material, inmenso si se atiende a los ecos y resonancias de inmortalidad que guarda o que despierta, acogió en esta ocasión, como en tantas otras, la palabra henchida de prometimientos y grávida de proezas que estamos conmemorando el día de hoy. Yo encuentro en esa circunstancia un símbolo preclaro de este imperativo ineludible que obliga al hombre a buscar el amparo y garantía de lo imperecedero para las obras que le merecen predilección y empeño. Fraguaban los próceres venezolanos de 1811 el sér de la Patria y fueron a sellar el preámbulo esencial de su epopeya en el domicilio del espíritu, lugar consagrado para que se anuncie la máxima divina: «la verdad os hará libres». Y esta admonición perdurable, latente en la callada majestad y en la penumbra hierática del santuario donde alboreó la emancipación de Venezuela, parece a mí que en un mundo de armonías superiores tiene parentesco y analogía con las notas profundas, lentas, reiteradas que a lo largo de una fuga de Bach sostienen y hacen resaltar el juego complicado de las voces, y traban y encadenan la inquietud de las variaciones a la desnuda simplicidad del tema. Así, la libertad, fruto de la verdad y altísima forma del dominio, fue el principio supremo que hizo florecer la unanimidad que admiramos en el Congreso General Constituyente; y fue ella también la que logró poner armonía espléndida entre las bravías y candentes declaraciones que por aquellos días hacía Simón Bolívar en el seno de la Junta patriótica, y los axiomas de severidad romana que son la urdimbre de la carta de Jamaica y de las declaraciones de Angostura. (\*)

Quizá os parezca extraño que en esta hora destinada a rememorar el natalicio de la República hermana, venga yo a hablaros de la tristeza del Libertador, porque quien

(\*) Las citas numéricas entre paréntesis se refieren al número de orden de las cartas de Bolívar, según la colección de Lecuna.

dice tristeza dice decaimiento, nombra desengaño, sugiere abandono y está a dos dedos de significar derrota. Esto lleva consigo ordinariamente la tristeza, por lo cual suele reputarse por debilidad, cuando no por afrenta de las glorias humanas, y la vulgar y común fantasía es tan esquiva a otra manera de pensar, que no se figura a los héroes ni tal vez a los sabios sino como perpetuos favoritos de la fama, del imperio y del amor. A cada uno de ellos quisiera aplicarle como cifra de competente exaltación el verso bien sabido: «ante quien muda se postró la tierra», cuando precisamente la genuina grandeza antes que el silencio del pasmo suele concitar voces ingratas y desafortadas contumelias. El hecho es que no hay hombre que no sea fortaleza accesible a la pasión de la tristeza, más y más desmantelada y desguarnecida cuanto más finos y puros son los quilates del alma y más dilatados los alcances de su poderío.

Allegarnos a la tristeza de los hombres es en todo caso una manera, y no la menos justa, de conocerlos y estimarlos. A veces nos revelará la tragedia de los ánimos flacos e inermes que se entregan sin resistencia, a veces nos dirá la lucha postrimera y secreta en que sucumbieron los que se apellidaban invencibles, a veces mostrará el acabarse de una vida o de una obra por el mismo proceso melancólico de la flor que se marchita, del aroma que se desvanece, de la llama que se extingue en agonía de crecientes y menguantes, de la memoria que se enturbia y de la ilusión que se deshace. Pero otras veces sobrevendrá la tristeza insinuándose dolosamente en la contextura pujante de un dominador, quebrando aquí una fibra, rompiendo allí un eslabón, carcomiendo en otra parte una energía y royendo más lejos una tenacidad, hasta que, sumadas innumerables causas, se anuncia el desplome y derrumbamiento finales, cuyo estruendo temeroso es el primer panegírico auténtico a la grandeza de la víctima.

Estas flores vestidas mejor que Salomón en los días de su gloria opulenta no quisiéramos verlas ajadas por la caducidad que tan natural y prestamente las devora; ellas como todas las hermosuras que de suyo son frágiles y pasajeras, no ganan nada con la tristeza de la descomposición, ni mejoran ni se aventajan en nuestro conocimiento con la perspectiva de que a otra hora habrán de estar mustias y mancilladas. Pero en cambio, si alguna vez os hallásteis ante un árbol de esos cuya desmesurada corpulencia empequeñece la selva circundante, ¿no os pasó por la mente la idea de su caída como si este suceso miserando hiciera falta para medir y ponderar la majestad del coloso? No toda su belleza está en la serenidad altanera y casi inmóvil del ramaje espeso, poblado de vida, ni en la esbeltez robusta que los siglos acumularon en el tronco; belleza hay también no ya de este orden estático, sino de lo que empareja con el dinamismo catastrófico y es reveladora de formidables potencias escondidas, en esa postración final y asoladora en que el reventar de las raíces hondas se junta al estruendo de las ramas que se prenden y enlazan con la fronda vecina en ademán desesperado de afianzamiento o con gesto medroso de azote vengativo.

Tal vez os parezca interesante la idea de que el carácter e índole verdaderos de Simón Bolívar se expliquen teniendo en cuenta una dualidad muy notoria de su espíritu. Aventajado para la acción en sumo grado, lo era también y en no menor escala para la contemplación, y en ambas esferas era igualmente apasionado y sensible por extremo. Lo mismo podría significarse diciendo que el fondo de su temperamento era la pasión, y que inconscientemente la orientaba ora hacia la acción, ora hacia la contemplación. Y todavía pudiéramos reducir más estas fórmulas, afirmando que Bolívar vivía mediante una pasión que a veces se resolvía en actividad y a veces en contemplación.

La pasión que es actividad excluye la tristeza; la pasión que es contemplación la acarrea inevitablemente. La actividad de suyo procura asociar, juntar, sintetizar; la contemplación por el contrario se afana por separar, dividir, analizar. La actividad precisamente porque se propone un fin determinado que debe lograr, se opone a toda dispersión y fomenta toda unión, más poderosamente cuanto más apasionada es. Este apasionamiento lo mismo puede ser fruto del ímpetu natural y vehemente que es dinamismo irracional, que de un profundo convencimiento y de una avasalladora certidumbre que es dinamismo racional. La contemplación se propone únicamente ver, ver siempre más hondo y ver siempre más lejos, de que resulta la necesidad de fraccionar y desmenuzar el objeto que se contempla. Una lente que concentra y reúne los rayos solares para incendiar un poco de estopa, es figura, o símbolo de la acción; un aparato de proyecciones que amplifica, amplifica so pretexto de mejorar el conocimiento, si amplifica indefinidamente acaba por desbaratar el objeto, y en este caso es imagen o símbolo de la contemplación.

Ahora bien, dondequiera que hay dispersión, disolución, fraccionamiento y desmenuzamiento, hay tristeza. Tristeza es sentimiento de disolución; por lo cual etimológicamente, «tristeza» viene de «tritus», y «tritum» de «tero» se traduce por *quebrantar* que en castellano significa desmenuzar y producir tristeza, amén de otras acepciones.

En las letras hebraicas se emplea la misma figura de las cosas quebrantadas para representar la tristeza: «Como en un pilón fueron rotos mis huesos» Y tan unida está la idea de dispersión a la tristeza, que la poesía hebraica, como si no bastase para la suma tristeza la figura de las cosas que se dispersan porque están quebrantadas, echó mano de aquella total dispersión de los líquidos cuando se difunden y esparcen, y así dijo: «Como agua me perdí y se dispersaron todos mis huesos.»

La pasión de actividad, no hay quien no la haya experimentado en sí mismo, produce alegría, satisfacción y entusiasmo. La pasión de contemplación desilusiona, desengaña y entristece; cuando se intensifica puede conducir al escepticismo y a la más completa desolación espiritual. Sabido es que los grandes y auténticos místicos hablan del mundo y de las criaturas en general, con un linaje de desengaño trascendental que sería escepticismo si no rematara en una gozosa certidumbre de la absoluta realidad divina. Así dice San Juan de la Cruz: «todo el sér de las criaturas, comparado con el infinito sér de Dios, nada es».

La contemplación conduce a la tristeza por el camino del análisis que esencialmente es un desmenuzamiento. Lo cual es inevitable visto que la inteligencia humana es microtómica, quiero decir que para entender tiene que dividir y subdividir sin término. Entre las paralelas de Cornoldi, la más leve porción de materia se hace infinitamente divisible; con mayor razón lo será la idea más insignificante metida entre las fuerzas analíticas del entendimiento.

De donde resulta que indefinida divisibilidad, indefinido desmenuzamiento e indefinida tristeza son términos equivalentes.

Quien le pone límites a la división analítica para que los objetos no se desvanezcan, ahuyenta la tristeza y realiza la máxima de Kant: «Pensar es unir».

Conocer, pero conocer plenamente, sin necesidad de análisis que desmenuce y fraccione y disperse, sería la supresión de la tristeza. Esa es la «intuición bergsoniana», esa la «visión beatífica».

Hay ánimos que presienten confusamente, sin tal vez realizar nunca, la indefinida divisibilidad de las cosas. Esos son los temperamentos tristes, las almas melancólicas.

Hay otros que comprenden y aplican la infinita divisibilidad al mundo circundante, y esos son los escépticos desengañados y tristes. Pero si estos mismos o los anteriores, se afianzan en la unidad superior de Dios que se les impone no por vía de comprensión sino por vía de obediencia y abnegación, entonces serán santos.

Algunos habrá que teniendo pasión de actividad y pasión de contemplación, hacen que ésta se ejercite y desarrolle a expensas de aquélla. La misma mente que antes coordinaba, juntaba y combinaba todas las fuerzas humanas para la acción, ahora se revuelve contemplativamente sobre su propia acción para desmenuzarla y presenciar su dispersión. Estos son los verdaderamente tristes, reinidentes e incurables, que no pueden dejar de ser tristes porque siempre tienen delante una acción que desmenuzar, y no pueden dejar de ser activos para que nunca le falte pábulo al vehemente impulso contemplativo que los caracteriza y constituye.

La índole activo-contemplativa es difícilmente conciliable con el respeto y consideración al parecer ajeno, a cualquier parecer ajeno. Lo que más la irrita son los argumentos fundados en autoridad, en tradición, en común observancia. El «quod semper, quod ubique, quod ab omnibus» no les impresiona a los hombres de esta índole, porque o no creen que esa manera de «consensus» haya existido nunca, o están persuadidos sincerísimamente de que ellos pueden y deben decir como Coriolano: «I am myself alone», o como D. Quijote: «No hay otro yo en el mundo».

Hay, en fin, numerosos apasionados en quienes alternan la actividad y la contemplación, de tal manera que según sea el objeto que tienen delante prorrumpen naturalmente en la una o se abandonan naturalmente a la otra. Hácense en estas almas como dos campos o provincias que no tienen entre sí comunicación, y quien asista a estas mutaciones creará que se halla en presencia de dos personas distintas: la tristeza contemplativa de la

una carece de toda influencia sobre el entusiasmo activo de la otra, y el mismo sujeto que sucesiva y totalmente es activo y contemplativo, entra en cada uno de estos estados sin hacerse cargo de la dualidad que es propia suya: cuando lo arrastra la corriente de la actividad es ajeno a toda contemplación, y cuando se hace contemplativo olvida enteramente el frenesí de actividad que quizá un momento antes le dominaba.

Tengo para mí que este fue el estado de Bolívar en el último año de su vida; a él fue acercándose paulatinamente desde el momento en que disminuyeron las grandes empresas guerreras y comenzó a flaquearle la resistencia corporal. No sería difícil mostrar que el Libertador cuando se hallaba en plena juventud era un apasionado del tipo melancólico en quien la pasión contemplativa se ejercía internamente a expensas de la pasión activa. Vino luego la época brillantísima de la epopeya emancipadora en que la pasión de actividad dominó y subyugó en su propio provecho y para su propia exaltación el ardor contemplativo. Y llegó finalmente esta última época, y señaladamente el año fatal de 1830, en que la vida de Bolívar no fue sino un tránsito continuo y doloroso, o por mejor decir, mortal, de la pasión de actividad a la pasión de contemplación y de ésta a aquélla, tránsito incesante respecto del cual debe decirse que la creciente caducidad física era a un tiempo misma causa y efecto. Auténtico círculo vicioso, Maelstron inevitable en que se sumen y desaparecen los hombres grandes o pequeños cuyo entendimiento no les permite hacer de la vida un simple proceso de digestión ni un regocijado y satisfecho acto de abandono a las ajenas voluntades y comprensiones.

La actividad apasionada de Bolívar no tuvo sino un solo objeto y un solo estimulante: la guerra. Y entiendo aquí por guerra toda energía militar y batalladora, lo mismo la que ordenaba hazañas inmensas de emancipación continental, como la que disponía y tramaba hechos de armas en defensa de la Patria ya constituida y en beneficio

del orden público y de las instituciones nacionales. Bolívar contemplativo tiene delante, en los últimos días de su carrera, sus propios merecimientos y la suerte futura de estos países que libertó.

Hallándose en el campo de Buijó en los primeros días del mes de julio de 1829, multiplica las comunicaciones oficiales y familiares para dar cuenta de la paz que está negociando con el Perú y de la próxima entrega de Guayaquil. «Hay mucho entusiasmo por nosotros» le dice a Urdaneta; «nuestros amigos de Pasto para acá, son inmensos, y todavía más en el Perú y Bolivia». A Castillo y Rada le dice: «Nosotros seguimos muy bien por lo que hace a esta guerra. Los sucesos de nuestras armas y de nuestra política no sólo presentan hoy el aspecto más próspero para Colombia, sino que deberán hacernos confiar de nuestra completa felicidad», le escribe a Espinosa (1841). Y otra vez a Urdaneta (1845) le trasmite con la brevedad escueta, que es propia de la certidumbre, algunas disposiciones militares y añade: «Gamarra ha recibido con infinita atención a nuestros jefes y parece decidido a todo; de modo que no temo nada por el Sur». A O'Leary en once líneas (1849) le resume sin emplear casi adjetivos, sin locuciones enfáticas ni ponderativas todo lo referente a la entrega de Guayaquil, sin omitir detalle alguno. Con igual precisión matemática (yo diría que en estas ocasiones Bolívar emplea las palabras como si fueran números) le cuenta a Urdaneta (1850) el estado y perspectivas de las negociaciones con el Perú después de la visita del General Cerdeña. «El pueblo me ha recibido con las mayores demostraciones de contento», dice al referir la entrada en Guayaquil. «Somos nosotros los únicos que hoy nos manejamos con algún juicio», le advierte a J. A. Alamo (1864) después de comentar los desórdenes del Perú. En asuntos de esta naturaleza la serenidad y determinación de Bolívar son patentes y la concisión y desnudez de sus frases denuncian lo imperturbable del espíritu que las dictó.

Moviéndose en la atmósfera de la milicia guerrera, el Libertador se halla en su propio elemento. Para explicármelo yo diría que su pasión de actividad necesitaba jugar con medios precisos, definidos, tan ricos de energía interior como dóciles a la clarividencia imperativa de una dirección. Y esa es la milicia, esa es la guerra que bien podría explicarse diciendo que es «coordinación de impulsos vivos en vista de una finalidad de prepotencia». Para lo cual es preciso que el jefe pueda, como el Centurión del Evangelio, decirle al uno: «Véte, y se va; y al otro: Vén, y viene».

La misma espléndida aptitud que tenía Bolívar para la guerra, ¿la tendría para la política? En otros términos, su pasión de actividad ¿hallaría en la política fuerzas e impulsos que por lo fin mes y definidos equivaliesen a los que manejaba con tanta facilidad en la guerra? Aparentemente la definición de la política es muy allegada a la de la guerra: «Coordinación de inteligencias, de voluntades y de intereses en vista de una finalidad de predominio». Si la política no tratara sino con inteligencias y voluntades, me imagino que podría ser algo tan matemático y exacto como la guerra, porque al fin y al cabo una demostración racional es tan capaz de encadenar y fijar los entendimientos y por medio de ellos las voluntades, como la disciplina y ejercicios militares son poderosos a juntar en uno todos los impulsos de los soldados y de los ejércitos. La diferencia enorme entre la guerra y la política está en que la segunda maneja apetitos por necesidad, al paso que la primera los excluye so pena de no ser sino una farsa deshonesta y mortífera. Y como los apetitos de los hombres son egoístas y anárquicos, fatalmente llevan anarquía y egoísmo dondequiera que son admitidos y dondequiera que es preciso contar con ellos, como sucede en la política.

Por lo cual, la política—según advierte el secretario florentino—cuando descarta lo que es coordinación de inteligencias y voluntades, para hacer pie casi exclusivamen-

te en lo que es coordinación de apetitos, es lo más inestable, lo más aleatorio, lo más inseguro y lo más ocasionado a que lo mismo que hace una hora parecía útil, parezca nocivo, lo que se reputaba malo resulte bueno, y la acción que ayer se aclamó por gloriosa hoy sea maldecida como infame. Interviniendo los apetitos, de muy poco sirven las inteligencias y las voluntades que aun siendo muy nobles y exquisitas, tambalean y entran con o sin reparo, pero entran, en la ronda grotesca donde alternan los aprovechamientos.

Si la política no fuera sino coordinación de inteligencias y de voluntades, quiero decir, de valores estables y permanentes. Bolívar había sido tan grande y afortunado político como fue grande y venturoso guerrero, y en todo caso no habría sido víctima de la tristeza. Algunas veces las circunstancias le pusieron frente a la política ideal en que todo es inteligencia y voluntad, sin mezcla notable de interés, y entonces demostró una pasión de actividad tan poderosa y firme como la que desplegaba en los combates. Pero otras veces, avvicinándose al fin, se vió mezclado en la política que es coordinación de apetitos, y entonces, incapaz de manejar esos valores, fuerzas e impulsos supremamente inestables, tornadizos y mal seguros, se cerraron en él las fuentes de la actividad apasionada y se abrieron las de la pasión contemplativa; ante sus ojos pasó la visión de su gloria, de sus hazañas, de los hombres, de las cosas, del presente y porvenir de estas tierras recién libertadas, y desmenuzando todo esto en el mortero del análisis, probó la tristeza y aflicción amarguísimas de quien creyéndose opulento se halla inopinadamente con las manos vacías. Así la más excelsa pintura contemplada con mayores y mayores aumentos se convierte en informe aglomeración de manchas coloridas, y el más lindo tapiz si se deshila queda convertido en basura menospreciable y estorbosa.

Escribiendo desde el campo de Bujó, Bolívar repite en muchas cartas oficiales y familiares unos mismos pen-

samientos; de ellos los que se refieren a la guerra, al armisticio, a la entrega de Guayaquil, son nítidos, breves y reveladores de confianza. Véanse en cambio estos otros:

«Puede estar usted seguro que no iré al Perú aunque me llamen mil veces, y que procuraré concluir esta guerra, que no vuelvan y me dejen en paz» (1834). «Luégo que se asegure (la paz) me iré a ver si puedo conseguir que me dejen a mí también en paz, peruanos y colombianos, concediéndome este miserable resto de vida sin agonías y sin el martirio de ser considerado tirano» (1839).

Bolívar, sumo guerrero, pidiendo que le dejen en paz, es un caso muy interesante. Lo es sobre todo cuando se piensa que muy pocos días antes de su muerte, el 8 de diciembre de 1830 le dice a don Estanislao Vergara: «Yo no he pensado nunca después de la reacción de Bogotá abandonar mi país y mis amigos por no participar de sus peligros y cuidados. El estado lamentable de mi salud me hizo temer que yo no podía servir en adelante para nada y que si no atendía a cortar el progreso de mi mal, sólo me exponía a perecer inútilmente» (2100).

Este «inútilmente» querrán algunos referirlo a alguna expectativa o veleidad de magistratura que talvez cupo en la mente del Libertador gracias a las insistencias de sus amigos, pero que él mismo combatía y criticaba (2067) con gran lucidez allá en su interior. El «no perecer inútilmente» es frase cuyo sentido bolivariano, por decirlo así, se explica con esta otra: «No creo que pueda hacer servicios a usted y a la Patria porque estoy muy postrado, si nó, me iría luego para Cúcuta; sin embargo, si me mejoro algo y tuviere tiempo para llegar, y viere que hay tropas con que defender el país, me iré a Ocaña y de allí a Cúcuta o a la parte de Pamplona donde más convenga. Pero tengan ustedes tropas buenas y disciplinadas, pues de otro modo no puedo hacer nada» (2061).

Hasta la víspera de su muerte la fascinación de la milicia activa se ejerció poderosamente sobre Bolívar: órdenes y contraórdenes, marchas y cuarteles, designación de

jefes, raciones de tropas, estrategia de las posiciones, eran asuntos que siempre le hallaron en plena posesión y dominio de sí mismo. ¿Qué significa entonces esa constante y airada petición de paz para sí mismo que reitera sin cesar desde 1829?

Es que muy al contrario de como lo piensan muchas gentes, la paz no se identifica con la inacción. La paz existe cuando el ánimo puede desarrollar su actividad propia con fines y principios bien claros y concretos, y con medios tan conocidos y tan dóciles que excluyan todo tanteo e incertidumbre en su manejo. Y eso era la milicia para Bolívar, pero eso no era la política. Bolívar realizaba la paz del ánimo gobernando guerras y dirigiendo batallas; para él se hizo el viejo romance que, en su caso, es de aplicación literalísima: — «Mis arreos son las armas— mi descanso el pelear». Pero para él carecían de sentido las tergiversaciones, las sorpresas y las inesperadas y desconcertantes maniobras de la política que —ya es hora de decirlo— produjeron todas aquellas «revoluciones intestinas» que amargaron y hasta afrentaron nuestra independencia desde sus albores.

Y eran cabalmente esas revoluciones intestinas, esas luchas sangrientas de opiniones las que desazonaban al Libertador, las que pretendía excusar y rehuir para tener la paz que ambicionaba.

Porque Bolívar —quizá haya quien repute esto por extremada simplicidad— Bolívar creo yo que se imaginó la Emancipación Americana de esta suerte: «Aniquilemos el poderío español, para que libres de un imperio extraño, estas naciones puedan gobernarse por sí mismas». La primera parte le tocaba a él y la comprendía y la ejecutaba con grandísima eficacia y puntualidad; pero se imaginaba que la segunda parte, la que propiamente correspondía a los políticos, se lograría tan victoriosa y resueltamente como la porción guerrera de la Emancipación que él administraba. Y ese fue el error que engendró toda la desahogada tristeza de Bolívar; esa fue la causa de que tantas

veces introdujera una pausa en su pasión de actividad y abriera un compás de pasión contemplativa y analizadora que le ponía en trance de desesperación.

Me figuro que muchas veces Bolívar se diría: Que estos pueblos se gobiernen por sí mismos, que sean los artífices autónomos de su propia grandeza, que sean jueces independientes de lo que les conviene o no les conviene, que sean árbitros soberanos de sus destinos, me parece lo más natural y consentáneo. Hombres que los gobiernen por este camino, no les faltan y yo los veo y los oigo y los admiro en cada junta patriótica, en cada Congreso, en cada Asamblea y dondequiera que se habla o se escribe acerca del bien público. ¿Qué les falta pues para que realicen Patrias honradas, poderosas y prósperas? Les falta independencia y libertad, y voy a dárselas.

Y se las dio en efecto, pero —fuerza es decirlo— el Libertador se quedó aguardando que la política pusiera por obra aquel ordenamiento estable, justo y venturoso que le parecía ser la única y sobrepujante ambición de los pueblos a cuya emancipación dedicó la vida. Vio, por el contrario, que ya bien afirmada la independencia y concluida, por lo que a él se refería, la empresa de expulsar el dominio extranjero, los pueblos libertados en vez de poner todo su conato en organizarse civilmente, se dividían en bandos y aún en hordas, con pretexto de opiniones diversas y tan celosos de los intereses de la tribu como desquidados de la conveniencia nacional.

La contemplación de estos sucesos le dictó a Bolívar las frases siguientes dirigidas con pocas variantes a Urdaneta, a Castillo y Rada, a Páez y a Restrepo: «Usted —le dice al primero— me habla de las elecciones con satisfacción, y yo vuelvo a mi antigua cantinela de que nada se puede hacer bueno en nuestra América. Hemos ensayado todos los principios y todos los sistemas y, sin embargo, ninguno ha cuajado, como dicen. El imperio de Méjico cayó y Guerrero ha hecho caer la federación. Guatemala ha caído en manos de sus enemigos y la han destruido. En

Chile hay nuevas revoluciones; en Buenos Aires sucede lo mismo, y la del Perú es espantosa, a pesar de que nos tenga cuenta por causa de la guerra; pero no por esto deja de ser menos desordenada. En fin, la América entera es un tumulto, más o menos extenso. Por consiguiente, ¿qué cree usted que podrá hacer ese pobre congreso? Dará una constitución que no gustará a todos; ¿y quién la garantiza? Usted dirá que yo. ¿Quién responde de mi vida, ni de mi acierto, ni de las olas populares, ni de los traidores (y tanto infierno). Este es un caos, mi amigo, insondable y que no tiene pie ni cabeza, ni forma, ni materia; en fin esto es nada, nada, nada. Lo que acaba de suceder en Guatemala me tiene espantado. ¿Creerá usted que esos federales se matan unos a otros como si fueran caribes? Allí no hay realistas, ni centralistas, ni vitalicios, y, sin embargo la guerra es a muerte y exterminio». Las variantes son por este estilo: «Colombia, es verdad, que no ha sido tan desgraciada todavía al favor de la casualidad, pero, ¿cree usted que no lo será? ¡Ojalá que yo me equivocara! Mas los combustibles que ella contiene no pueden dejar de prender y destruirla.... Mi imaginación se pierde al contemplar hasta qué punto puede llegar nuestra fatalidad... Los americanos no tendrán juicio nunca....» «qué será de nosotros que al fin volveremos a la esclavitud, porque esta tierra está condenada para nosotros?» Las citas de esta especie podrían alargarse sin término, pero todas ellas demuestran que Bolívar no era capaz de comprender que la multiplicidad de opiniones y la divergencia de pareceres políticos en vez de fundirse y coordinarse para beneficio común, se encastillaran en sus posiciones más o menos sinceras y desde allí se impugnaron con saña y ferocidad dignas de regirse por la ley de la selva que todo lo concluye a bocado recio y a zarpazo limpio.

Bolívar estaba hecho para fiar los éxitos al rigor de la disciplina; ante una finalidad necesaria y urgente no podía imaginar que fuera lícito ni posible dividir las fuerzas y distraer los ánimos de suerte que multiplicadas las direc-

ciones, se pusiera en olvido o se relegara a condición de medio, el objetivo capital. Bolívar, en otros términos, tenía por criterio supremo el militar que en todo tiempo ha sido de subordinación cuasi mecánica, o por mejor decir de exigencias matemáticas, de suyo reñidas con las tendencias particulares perturbadoras de un conjunto determinado; y ese criterio se había enseñoreado tan absolutamente del Libertador que pretendía gobernar y estimar todas las cosas a través de él. Así tenía que ser un Libertador, pero precisamente por eso no podía ser político activo, aun cuando sí podía ser y en muy alto grado, político abstracto, teórico y especulativo.

Los hombres apasionadamente activos tienen casi siempre este sino, y cuando llegan a triunfar, páran en dictadores, cosa nefanda para los hombres de 1830 que estaban a mil leguas de suponer (y eso que el caso de Napoleón hubiera podido hacerlos meditar) que justamente cien años después las dictaduras no serían imposibles en Europa y que no faltarían quienes considerasen que ellas y los regímenes de violencia estarían en camino de consolidarse y de durar.

Lo más curioso es que Bolívar inconscientemente obedecía a la corriente universal detestadora de usurpaciones, despotismos, tiranías y dictaduras. La repugnancia a estos vocablos y a lo que representaban estaba en el ambiente y era la moda de la época. Bolívar no podía sustraerse a ella, pero con íntima sinceridad seguía creyendo que para enderezar y hacer fecunda la política era indispensable regirla con criterio militar, mano fuerte y autoridad indiscutida. Todo lo cual me parece a mí que se descubre en estas líneas destinadas a don Estanislao Vergara en julio 13 de 29: «En cuanto a mí, usted debe suponerme cansado de servir y fastidiado por tantas ingratitudes y crímenes que se cometen diariamente contra mí. Usted vió el caso extremo en que me colocó la gran convención de dejar sacrificar el país o de salvarlo a mi costa. El artículo de que usted me habla, el más favorable que se ha podido es-

cribir en mi honor, únicamente dice que mi usurpación es dichosa y cívica. ¡Yo usurpador! ¡una usurpación cometida por mí! Mi amigo esto es horrible; yo no puedo soportar esta idea, y el horror que me causa es tal que prefiero la ruina de Colombia a oírme llamar con ese epíteto. Usted dirá que después no será lo mismo. Replico que no pudiendo soportar nuestro país ni la libertad, ni la esclavitud, mil revoluciones harán necesarias mil usurpaciones» (1844).

En estas palabras de Bolívar va implícito un dilema: «O dictadura o ruina», y no dudo que Bolívar se hubiera decidido con alma y vida por el primer término, pero la opinión, la moda, el temple —¡que sé yo!— que por entonces prevalecían y dominaban a las gentes tenían condenada la dictadura a pública execración y vergüenza, de manera que temeroso de incurrir en ellas, Bolívar, de puertas para fuera y en un instante de ira y de desconuelo escribió «que prefería la ruina de Colombia».

He dicho «de puertas afuera», porque en el fondo no creo yo que jamás abandonara la idea de que en alguna forma se impusiera el criterio militar, imposición que podía llamarse «gobierno vitalicio», «senado hereditario», «intervención de una nación poderosa del antiguo continente» «principado que le sucediera en el gobierno vitalicio» (1860), «monarquía futura...» ¿por qué nó?..... por algo le escribe a Campbell, encargado de negocios de S. M. B. en agosto de 29: «En fin, estoy muy lejos de oponerme a la reorganización de Colombia conforme a las instituciones experimentadas de la sabia Europa. Por el contrario, me alegraría infinito y reanimaría mis fuerzas para ayudar en una obra, que se podrá llamar de salvación y que se conseguiría no sin dificultad sostenidos nosotros de la Inglaterra y de la Francia. Con estos poderosos auxilios seríamos capaces de todo, sin ellos, nó. Por lo mismo, yo me reservo para dar mi dictamen definitivo cuando sepamos qué piensan los gobiernos de Inglaterra y Francia so-

bre el mencionado cambio de sistema y elección de dinastía» (1874).

No traigo a cuento el problema de la monarquía americana o colombiana para discutir si Bolívar realmente pensó en encabezarla. Para afirmarlo sería preciso borrar muchos textos de sus escritos que parecen excluir con toda precisión esta idea. Pero si el Libertador no quiso para sí tal monarquía, no hay por qué negar que la admitió como posible para lo futuro, y esto no porque la ambición de mando le sedujese, sino porque no creía que los americanos fueran capaces de gobernarse. La contemplación de las revoluciones que estallaban en este continente, el poco provecho que se sacaba de la recién conquistada libertad, la anarquía y multiplicidad de las opiniones, la inestabilidad de los gobiernos, y otras causas a este tenor, le condujeron a aquella persuasión que formula a veces fríamente como en la carta de 13 de agosto a don Pedro A. Herrán donde dice: «Yo veo que nadie toma el interés que se debe por la causa pública, que nadie escribe, y que públicamente nada se hace por lo que a ellos, más que a mí, debiera interesar tanto». Pero más veces demuestra con vehemencia la desolación que lo domina. Léase este párrafo de la carta (1880) a Fernández Madrid: «Aseguro a usted que estoy desesperado con el mando y que no sé qué hacer con esta Colombia y con esta América tan desgraciada y tan trabajosa. Mucho será que yo no me vaya con Dios después de la instalación del Congreso en enero, pues mi salud está aniquilada, y ya no me quedan fuerzas físicas para hacer el servicio que he hecho hasta ahora. Por otra parte la ingratitud me tiene aniquilado el espíritu habiéndolo privado de todos los resortes de acción. Quedan muy pocos ciudadanos por los cuales yo me quisiera sacrificar; y aun este sacrificio debiera ser pronto, pues no estoy en estado de sufrirlo lento. Si quieren mi vida, aquí la tienen, pero no mis servicios, pues yo no tengo valor para sacrificar mi nombre, como lo tenía antes; este es el primer efecto de la ingratitud».

¿Y qué es esa ingratitud que Bolívar tiene delante a todas horas y de la cual se lamenta sin cesar y en todos los tonos, con amargura y dolor que van acrecentándose conforme se aproxima la muerte? Dijérase, y no sería mucha exageración, que Bolívar consciente de su grandeza, se ha erigido un altar y sufre cuando los hombres le niegan el culto y homenaje de que se juzga merecedor, o se lo tributan diferente o escaso.

Lo del altar se vislumbra en estas líneas escritas desde Guayaquil: «Mi nombre pertenece ya a la historia; ella será la que me hará justicia.... No cedo en amor a la gloria de mi patria a Camilo; no soy menos amante a la libertad que Washington, y nadie me podrá quitar la honra de haber humillado al León de Castilla desde el Orinoco al Potosí» (1852).

Lo del culto, ya se entiende que consistía primordialmente en que se le considerara o acatara como genio de la guerra, y yo creo que si alguien se atrevió a ponerle mengua en esta calidad, Bolívar no llegó a perturbarse por eso, tan convencido estaba de que su condición de Libertador no sufría parangones. Pero como político no tenía la misma avasalladora certidumbre y por lo mismo era vulnerable y muy vulnerable cuando entendía que sus actos, dictámenes, providencias y actuaciones eran llevadas al crisol de la política que hierve caldeado por fuegos de todo linaje, a veces purificadores, más veces consumidores, y muchísimas veces obradores de inopinadas y contradictorias mudanzas. El pasmo reverencial que infundía Bolívar Libertador y guerrero, cedía el puesto a la discusión y a la crítica y a la oposición más o menos razonables y más o menos interesadas cuando entraba en escena Bolívar Presidente y político: en este tránsito fatal está el origen de las ingratitudes que lo atosigaban. Porque a sus propios ojos Bolívar era siempre el Libertador, mas a los ojos de los políticos en ocasiones era el Libertador y en ocasiones era el Presidente y entre los dos no solían admitir comunicación de excelsitudes. Exprimido el jugo acerbo

que encierran las continuas recriminaciones de Bolívar contra los ingratos, se hallará que por su mayor parte se resuelven en esta interrogación angustiosa: ¿por qué olvidan que soy el Libertador cuando me tratan como Presidente? Y ahora se me ocurre que cuando se juntan en una misma persona estas dos calidades de guerrero y político, la que sea más excelsa modificará a la otra y tratará como de absorberla en sí y vestirla de sus propios caracteres; pienso que Florencia guerreaba con infinitos subterfugios y tergiversaciones; y creo que Bolívar jamás dejó de atenerse a esta máxima: «Yo soy irrevocable como el destino en los negocios de disciplina, y si la relajamos no tendremos ni ejército ni república» (Epist. Index). Por lo demás, me imagino que es tan difícil hallar un guerrero a quien no saque de quicio la discusión de sus órdenes, como hallar un político que no se desconcierte al convencerse de que sus palabras son entendidas y ejecutadas a la letra y conforme a su sentido obvio; de que se sigue no ser muy fecundos en bienandanza estos injertos de guerrero en político o de político en guerrero.

Que Bolívar lo sospechaba así, parece notorio si nos atenemos a la carta de 13 de septiembre de 1829 al General O'Leary, que es una de las más conceptuosas y macizas. Preocupábase entonces la organización de la República porque «si he de decir mi pensamiento, yo no he visto en Colombia nada que parezca gobierno, ni administración, ni orden siquiera.... No sabíamos lo que era gobierno y no hemos tenido tiempo para aprender mientras nos hemos estado defendiendo. Mas ya es tiempo de pensar sólidamente en reparar tantas pérdidas y asegurar nuestra existencia nacional... Es preciso que Colombia se desengañe y que tome su partido, porque no la puedo mandar más. Esto es hecho, y pasemos a los inconvenientes».

De ellos era uno de los dos más principales, cabal-

mente el que resultaba de la mezcla en una misma persona de esas dos calidades que he dicho, la del guerrero y la del político, por eso continúa Bolívar: «¿Qué hará pues el Congreso para nombrarme un sucesor? ... ¿Será Militar o Civil? ... ¿Mandarán siempre los militares con su espada? ¿No se quejarán los civiles del despotismo de los soldados? Yo conozco que la actual república no se puede gobernar sin una espada, y, al mismo tiempo, no puedo dejar de convenir que es insoportable el espíritu militar en el mando civil...»

El día que Bolívar escribió esto se hallaba sin duda en una hora de altísima serenidad y clarividencia. Para nada se acuerda de los «ingratos y traidores» cuya sola mención le acongoja indeciblemente en otras ocasiones; ahora siente que su destino ha sido y será el de ser perfecto Libertador sin complicaciones de política, por lo cual en esta «calma universal que me ha sobrecogido y me domina completamente» define su porvenir así: «Yo velaré alrededor del gobierno con un celo infatigable; prestaré a la autoridad suprema toda mi influencia; volaré a las provincias a defenderlas con las armas que se me confíen para ello. El gobierno, en fin, será fuerte en cuanto dependa de mí y de mis amigos a quienes comprometeré por el bien de la causa».

Si quedarán dudas acerca de la idea o noción que tenía de su oficio como Libertador y de lo que él llamaba «tener paz», es preciso leer íntegramente lo que a 21 de agosto de 29 escribe a O'Leary:

«Allá va una idea para que usted le dé vueltas y la considere bien: ¿no sería mejor para Colombia y para mi, y aun más para la opinión, que se nombrase un presidente y a mi se me dejase de simple generalísimo? Yo daría vueltas alrededor del gobierno como un toro alrededor de su majada de vacas. Yo lo defendería con todas mis fuerzas y las de la República. *Este gobierno sería más fuerte que el mío, porque añadiría a mis fuerzas propias las intrínsecas del gobierno y las particulares del personaje que lo*

*serviera.* La administración general estaría siempre completa, acabada, *sin mengua de legitimidad ni de autoridad.* El gobierno sería fuerte por sí mismo y por el apoyo que yo le diera.... En lugar de moverse trastornando toda la administración y todas las cosas con su marcha, COMO ME SUCEDE A MI A CADA INSTANTE, formaría un sistema de acción que llevaría adelante sin variaciones y sin pasar por manos diferentes como acontece ahora, lo que tiñe todo de diferentes colores y de una manera extravagante.... ¡Por Dios, O'Leary, por Colombia y por mí!... propague usted este pensamiento. Insinúelo usted en el espíritu de los legisladores....»

El mérito principal de esta carta consiste a mi entender en que Bolívar define perentoriamente las funciones del guerrero y las del político, y explica cómo pueden y deben coordinarse para que se complementen y nunca lleguen a estorbarse. Por falta de esta coordinación ideal, tendrá que sufrir el Libertador constantes desengaños, o como él dice «ingraticudes». Eso es lo que describe a 31 de agosto en una carta dirigida a D. Estanislao Vergara:

«Ay! mi amigo estoy ya desengañado de constituciones, y, aunque están en moda en el día, todavía están en más vigor sus derrotas.....Veinte revoluciones sucesivas han atacado mis constituciones y mi autoridad. Este es un testimonio de que mis ideas están en oposición con las inclinaciones del pueblo, y que mi administración lo desespera hasta hacerle cometer los mayores atentados para librarse de mí. Me engañaban mis amigos, o más bien, ellos se engañaban creyendo que todos los actos hostiles contra mi gobierno eran efecto de las maniobras clandestinas de mis enemigos particulares» (1897).

Aquí, en esta última frase, quedó la constancia de que Bolívar conocía muy bien dónde estaban el origen y fundamento de las calamidades que llovieron sobre él. El pleito radicaba en que los pueblos, dichosos con la

libertad que estaban estrenando, gracias a Bolívar, creían que todo gobierno firme y decidido a consultar el bien común y a hacerse obedecer en este sentido, era una merma intolerable de esa misma libertad, era un regreso a la tiranía *gótica*, como calificaba el Libertador el dominio de los españoles. Y Bolívar que por convicción y porque habiendo traído la libertad, sabía cuánto costaba y cuán diligente y cautamente había que administrarla, era partidario de ese gobierno firme y decidido, no podía opinar con las gentes y así decía airadamente: «No quieren monarquías ni vitalicios, menos aún aristocracia ¿por qué no se ahogan de una vez en el estrepitoso y alegre océano de la anarquía? Esto es bien popular y, por lo mismo, debe ser lo mejor» —y añadía con muy cruel ironía:— «porque según mi máxima, el soberano debe ser infalible» (1899).

Sea este el momento de apuntar la causa última de todas estas contradicciones. Ella consiste en que los americanos nunca supieron entender que la libertad no es una potencia o facultad humana cuya perfección consista en desarrollarse indefinidamente. Potencias que soporten este régimen sin esterilizarse y aniquilarse no las hay ni puede haberlas, y cabalmente se llama «libertad» el poder que tiene el hombre para *auto-restringirse* fijándole a cada potencia el límite y cerco que las salva y las hace fecundas. Pero el americano y más todavía el colombiano, han creído siempre, pero de una manera habitual e irreformable que libertad es precisamente lo contrario: la exclusión de toda restricción. ¡Como si hubiera algo que fuera capaz de subsistir sin restricciones! Verdad es, y eso puede servirles de excusa, que la naturaleza tropical sí parece vivir y desarrollarse sin restricciones.

Bolívar y los que con él habían sido no meros usufructuarios sino artífices de la emancipación, sabían a qué atenerse en este punto. Como la guerra no es informe hacinamiento y caprichosa proyección de fuerzas vivas,

así tampoco la política podía ser suelta y antojadiza feria de inteligencias, voluntades y apetitos. Sucre lo expresaba claramente: «Yo no me niego a servir. Lo que trato es de servir sabiendo el sistema y el objeto, pues desde mucho tiempo no hay objeto ni sistema, y ya estoy un poco cansado y enfermo para trabajar a la ventura... estamos consumidos, y sólo la paz y una marcha arreglada y vigorosa del gobierno puede convalecernos. Yo siempre lamentaré que para obtener esta paz interior y esta marcha firme, no se hubiera Ud. servido de su poder dictatorial para dar una Constitución a Colombia que habría sido sostenida por el ejército, que es el que ha hecho en nuestros pueblos tumultos contra las leyes». Lo que eran estas tierras en opinión de Bolívar, no es muy consolador: «todo este Continente está lleno de tontos conducidos por cuatro pícaros, y luego, ¡hágase caso de la opinión de los más! Confesaré que yo no lo haría si no fuera sino opinión; pero ¡como esta opinión se arma no se puede despreciar sin estar pronto a dar batallas: las he dado cuando era joven; ahora estoy cansado» (1920).

Al terminar el año de 1829, Bolívar se hace cargo con mejor y mayor claridad de que los colombianos estiman de diversa manera al Libertador y al Presidente. Y lo más singular es que entre los mismos militares prendían apetitos de dominio. Notábanse ya las actividades de algunos de ellos que desazonaban por igual a Bolívar y a los civiles como Restrepo: «Veo que Uds.—le dice Bolívar en 28 de septiembre— están llenos de amor a Colombia y a mí; mas ¿qué haremos con estos generales conspiradores? Si los contengo, soy tirano; y si espero que delincan para castigarlos, soy cruel, asesino, ¿qué haremos?... Uds. verán lo que hacen para que no nos acusen de dejar fomentar las conspiraciones para castigarlas o de impedir la *libertad*.....Yo tendré que ser víctima y tirano juntamente al fin en todo» (1921)).

O en otros términos: tenía que ser víctima garanti-

zándole a todo el mundo esa libertad descabalada y antojadiza que se imaginaban ser el máximo fruto de la emancipación; y tenía que ser tirano porque por convicción y por temperamento rechazaba semejante idea de libertad que era el medio más eficaz para hacer ilusorios los efectos de la emancipación. El ideal de Bolívar era tener libertad para encauzarla conforme al bien de la República; el ideal de los colombianos era tener libertad para ejercitarla sin sujeción a regla ninguna. Que es el caso de los que ayer carecían de todo y hoy reciben una herencia cuantiosa: unos creen que la herencia sirve para manejarla de suerte que les procure una vida independiente y decorosa; otros creen que la herencia no sirve sino para sentir que no son pobres y que pueden permitirse todos los antojos, y naturalmente la malbaratan y sobreviene la segunda ruina, peor que la primera. Quien se imagine las congojas de un administrador encargado de salvar de la miseria a un pródigo de esta especie, podrá imaginarse los desengaños y amarguras del Libertador. En boca del tutor o gerente escrupuloso y amante podrían ponerse las palabras de Bolívar: «Yo había pensado retirarme absolutamente de los negocios públicos, luego que hubieran terminado las agitaciones, pero si los enemigos nos quieren echar a tierra, me encontrarán siempre en el campo, pronto a defenderlo hasta el último trance» (a Herrán-1923).

Por este tiempo, la mente de Bolívar estaba dividida entre las negociaciones de paz con el Perú, las complicaciones causadas por Córdoba y las angustias que le costaba el empeño de conciliar las exigencias del gobierno tal como él lo entendía con las agitaciones de la política y la perenne inquietud de los amigos de la libertad. Alguna vez se imaginó que si los españoles nos embestían nuevamente aquello podría simplificar el problema: «A la verdad, la amenaza de los españoles nos es un poco desagradable, pero quizás nos sería útil, porque

meterá en juicio a todos los americanos locos que nos quieren perturbar» (1925). Lo cual significa que al sentir comprometida la emancipación, los americanos se desentenderían de la política, y otra vez pondrían unánimemente los ojos y los ánimos en Bolívar, unanimidad y consonancia que, dicho sea de paso, fue la suprema ambición del Libertador, que no veía en esto un medio de conseguir aumentos, sino la única forma del culto a que naturalmente se sentía acreedor. Por eso habla tantas veces de la necesidad en que se halla de mirar por su gloria.

La paz con el Perú y las «locuras» (1937) de Córdoba son episodios que Bolívar contempla y maneja como Libertador y no como político; de ahí la serenidad y precisión con que los trata y la poca o ninguna emoción que suscitan en él. ¿Lo del Perú? parece como si hubiera sido muy sencillo: «He recibido la ratificación por parte del Perú del Tratado de Paz convenido, y con ella mil cartas de los ministros y personas más respetables de aquel país; todas respiran una inmensa gratitud hacia mi persona y hacia el ejército; me vuelven a llamar su salvador, y me titulan clemente, heroico y de mil otros modos ciertamente lisonjeros... (a Urdaneta 10 noviembre) (1948). ¿Lo de Córdoba?: «Las locuras de Córdoba en Antioquia no merecen grandes cuidados; más de 5000 hombres que han marchado sobre él ahogarán la facción y restablecerán el orden» (a Páez 24 octubre) (1937). Y a Castillo y Rada (1940) y a Vergara (1942) y a Restrepo (1955) les dice: «Las locuras de Córdoba serán bien pronto sofocadas; el acierto de las medidas que Uds. han dictado y la coincidencia de mil providencias por esta parte, contribuirán muy eficazmente a este objeto».

Mas si las negociaciones con el Perú y los asuntos de Córdoba no le robaban serenidad a Bolívar, la conciliación del espíritu militar y del civil en el gobierno le sobresaltaba sin cesar. El problema que a todas horas lo

agita interiormente, se muestra de vez en cuando en la superficie, cuándo con cierta vaguedad, cuándo con absoluta precisión. Vagamente y como dentro de un ensueño en una carta a J. Rafael Arboleda (7 octubre) (1929) donde dice: «Todas las cartas que vienen de aquella república (el Perú) aseguran que desde el ejército hasta el último ciudadano están pronunciados por la paz y la desean a cualquiera costa. También dicen que todo camina al desorden y la inestabilidad. Esta es la suerte de todos los estados americanos!» Paz como fruto de las providencias que se habían tomado de acuerdo con el criterio militar; desorden e inestabilidad procedentes de la política informada por la libertad desgobernada. O mucho me equivoco, o eran estos los pensamientos de Bolívar.

Dirá alguno que de ser esto así, el Libertador no admitía que la política de sus contemporáneos sirviera para otra cosa que para traer confusión y desconcierto y peligros a la República o que le negaba todo instinto de justicia y desinterés. Y no es así; Bolívar sabía sencillamente que en la política hay de todo, y que esos maridajes tan extraños que ofrece la política, de injusticia y de justicia, de declamaciones campanudamente catonianas y de incalificables atropellos, de puritanismos agudísimos y de licencias atrevidas, se explican y se entienden a la luz de cierto aforismo que César hizo suyo sacándolo de Eurípides: «Vale la pena de cometer una injusticia para conseguir un imperio; pero una vez conseguido, debe uno ser justo». El jacobino que llega a ser ministro, no es un ministro jacobino, y una vez alcanzado el gobierno los Catilinas se vuelven Cicerones.

El soñado injerto de gobierno militar en gobierno político o viceversa; el, para Bolívar, cruce ideal de estas dos maneras de energía, fue pasando poco a poco en su ánimo y convencimiento a la categoría de lo fantástico y de lo irrealizable. Bolívar creía con firmeza de apasionado no sólo en la bondad teórica de tal sistema, sino

en que, prácticamente imposible en la generalidad de los casos, en sólo uno y gracias a su prestigio personal como Libertador, sí podía y debía realizarse. El día que se le desvaneció esta ilusión quedó confirmado Bolívar en su tristeza irremediable; en adelante y siempre con creciente agudeza Bolívar será el contemplador del cómo y del por qué se desbarató y se deshizo aquel su ideal de combinar los miramientos de la política y las rigideces de la milicia, merced al rayo sublimador de su espada libertadora.

El sueño de Bolívar había venido muy a menos, o había desaparecido por completo cuando en 10 de noviembre le dice a Castillo y Rada:

«Nuestros militares son ardientes y prontos, y Uds. los civiles, prudentes y previsivos; así hay antipatías físicas entre nosotros que no se pueden vencer sino separándose las partes.....; esta es mi antigua opinión, que renuevo ahora con mucho pesar ciertamente, pero que es inevitable aunque nos cueste la vida».

Consciente o inconscientemente Bolívar firmó con estas palabras su propia condenación a muerte y nos dijo también por dónde penetraría en su alma la tristeza, y cual sería el pesar que le mataría.

La separación de que le habla a Castillo y Rada se vuelve ahora una idea dominante; que sufra con ella es indudable, pero con honradez inequívoca se apresura a ponerla por obra y como a excusarle demoras al desenlace.

Para enero de 1830 debía reunirse el Congreso que según el propósito del Libertador había de dar el tajo en el famoso nudo de lo civil con lo militar y rematar al que consideraban monstruo bicéfalo con nombre y funciones de Libertador-Presidente. Mediado noviembre Bolívar toma en Popayán la vuelta de Bogotá y se lo anuncia de esta suerte a Castillo y Rada (1946): «Yo llegaré a Bogotá un poco tarde; lo que no siento, porque tengo muy

pocas ganas de llegar a esa capital, donde, aunque me obsequiaron bastante, también conspiraron mucho contra mí, si no con puñales, con calumnias y dicerios. Dirán que yo le dicto al Congreso proyectos de monarquía para mí, y mucho de ambición y mucho de tiranía y usurpación. Estoy cansado de estos renombres; por lo mismo, yo serviré a mi patria con mi espada; pero no más con el bastón; esto es hecho».

Con el Dr. José A. Alamo es quizá más explícito: «El Congreso y sus deliberaciones es el único objeto de nuestras meditaciones y cuidados. Por mi parte, he concluido mi obra presentando a Colombia en paz y tranquilidad después de una guerra y de una anarquía que parecía un volcán que iba a reducirlo todo a cenizas. Toca ahora a los escogidos del pueblo fijar del modo más sólido sus destinos futuros». (1959)

En esta y en otras muchas cartas, el tema de abandonar el mundo se desarrolla normalmente y sin conmociones. Pero Bolívar era apasionado, y Bolívar sufría con la ruina de su ideal: por eso comienzan a manifestarse con apariencias de despecho y de ironía sus sentimientos. Dícele a Vergara (1963): «Serviré hasta de verdugo si nombran un nuevo magistrado, y si no, ni de Dios. Esto es hecho, mi amigo; no porque tema nada sino porque se debe esperar todo del buen estado de las cosas y del buen estado de la opinión que no puede ser nunca mejor. Hemos vencido moros y cristianos; mis amigos son los vencedores; yo le ofrezco mis servicios y mi vida a la patria. Si fuere preciso la salvaremos nuevamente con mi autoridad, con mis amigos y con el ejército. Además de que ¿qué más ejército que la opinión?»

A mí entender hay en estas palabras una ansia de acelerar las cosas, un barrunto de exageración, un afán de enfrentarse con su propia suerte, que no pueden ser

sino las primeras lumbraradas de la pasión que goza rehusando términos medios y contemplaciones para abrazarse con lo inevitable. La vehemencia de Bolívar se hace más notoria en la carta a Fernández Madrid (1967) de 30 de noviembre: «Yo me guardaré de ingerirme en nada; ellos (los congresistas) son admirables y no han menester mi auxilio. Además de que yo me retiro de la política. Serviré en las armas hasta la muerte; influiré en la mejora y sostenimiento del nuevo gobierno; apoyaré con mi brazo y con mis amigos los militares al magistrado que nos den; me gloriaré de prestarles ciega y dócil obediencia; lo defenderé dentro y fuera de la República; no excusaré mi reputación y vida en este servicio. Yo haré todo, hasta todo, seré hasta vasallo!!! Ud, sabe que no soy de la opinión de la monarquía; mas en adelante me honraré en sostenerla, si la imponen para bien de la patria.....

Bolívar tuvo siempre la conciencia de su grandeza superior, y aquí le vemos enumerando con orgullo los servicios que puede prestar. Mientras escribía esto yo le veo expresando con la dureza y centelleo de la mirada, un pensamiento implícito en aquella enumeración: «Solamente yo, el Libertador, soy capaz de hacer estas ofertas porque solamente yo puedo cumplirlas. Triunfador sin iguales, puedo autorizarme el lujo de prometer que seré hasta vasallo; mercedor de una y de muchas monarquías, yo, solamente yo, puedo sin amenguarme ponerme al servicio de la que acaso inventen los 'admirables' del Congreso. Mañana puede suceder que Páez se antoje de la Presidencia, y mi grandeza de Libertador sonreirá regocijada al prometerle con la más pura sinceridad que tendría el mayor gusto y me haría un honor en sostener su autoridad» (1974).

Y Bolívar seguiría pensando: «¿Con que son muchos los que de tiempo atrás creen que las manos de

un Libertador no son capaces de amasar provechosamente el poderío guerrero y el civil? Enhorabuena: ahí les queda el gobierno político, y la historia dirá si le faltó esa presea al Libertador Simón Bolívar para sobrevivirse en los anales de los pueblos».

Llegado a este punto, Bolívar presintió la apoteosis; ella sería más espléndida si descontadas otras glorias y merecimientos y desnudado de otros oficios, le consagrarse como Libertador: «Ahora pues es mi triunfo; dejo el mando en las manos de mis amigos y la opinión corregida. No será ni la anarquía ni el temor los que me desalienten o alejen. Mi gloria me lo exige y la oigo con placer (1967). Mi honor y mi gloria exigen este acto solemne de absoluto desprendimiento, para que el mundo vea que en Colombia hay hombres que desprecian el poder supremo y prefieren la gloria a la ambición» (1974).

Que Bolívar no abandonaba sin pena ese ideal suyo en que el prestigio de Libertador debía servir de sustento y de base a la conjunción político-militar, él mismo lo ha confesado sin rebozo. ¿Será ello un testimonio concluyente que nos autorice a calificar a Bolívar de ambicioso? ¡Ambicioso!... ¿y quién no lo ha sido? ¿o cuándo fue para los hombres la ambición, no digo ya de cosas grandes y excelsas, sino de poco honorables intereses, un pecado tan sucio y tan raro, que en descubriéndolo, les diera derecho para proceder sin demoras ni contemplaciones a la lapidación del peccador? ¡Bolívar ambicioso!... Está bien; pero yo rogaría a los que tal nombre le han dado en son de vituperio, que pusiesen la vista en los diversos y aun contrarios juicios que la ambición ha merecido de los hombres: a veces, como si todos ellos fueran héroes y mártires del más puro desprendimiento, la exhiben como tacha vergonzosa y depresiva; y a veces también—en nuestra

época, por ejemplo—no es raro oír cómo la exaltan y encaraman como signo de superior habilidad y hasta como criterio regulador de la vida. Muchas páginas se han escrito para rebajar la gloria de Bolívar alegando que fue ambicioso, y quizás veremos otras muchas en que algún autor, a estilo de Zweig, aquilatará esa ambición para mostrarla como índice de pujanza genial. Así se ha procedido en numerosas ocasiones con figuras que pertenecen a la historia antigua y a la contemporánea, y es lo cierto que a vista de ciertos ejemplos, se siente uno tentado a creer que a juicio del mundo la ambición es nefanda o es gloriosa, según la abandonen o la acompañen el éxito, el triunfo y la dominación. Por este aspecto, la ambición de Bolívar estaba predestinada a ser objeto del mayor villipendio por cuanto él mismo se empeñó en atajarle el paso: «Desde luego debe usted contar con que yo no seré más Presidente, sea lo que fuere, y que me pondré en posición de no sufrir más vejaciones, saliendo del país, con ánimo de seguir a donde pueda, según mi escasa fortuna» (1994). «Usted haga lo que tenga por más conveniente... bien persuadido de que yo nada tengo que hacer en los negocios públicos. Yo he muerto políticamente y para siempre» (1995). Así escribe el Libertador a Fernández Madrid en 6 de marzo de 30 y a José María Obando en 8 del mismo mes.

Ni se piense que estas son palabras escritas en un momento de abandono o de impaciencia. De tiempo atrás viene repitiéndolas, de tal suerte que resultaría monótona y cansada la acumulación de textos casi idénticos que pudiéramos escoger en la correspondencia del año 29. En vez de ellos prefiero trasladar aquí las instrucciones dadas por Bolívar al Coronel José Austria, al despacharlo de Popayán el 15 de diciembre:

«Que las opiniones que se dejaban traslucir en favor de un cambio político y de traer al país a una forma monárquica, hacía más irrevocable su resolución de precipitarse de la presidencia del estado a confundirse entre sus conciudadanos y a lanzarse el primero ante el Congreso constituyente que iba a reunirse y ante el nuevo magistrado que eligiese, y a jurar su obediencia, y a ofrecer toda su influencia, todos sus recursos para afianzar su autoridad y para conseguir el triunfo y la estabilidad de esta organización basada exclusivamente en la más espontánea y libre voluntad del pueblo».

«Que después de sofocadas mil revoluciones interiores que reconocieron principios diferentes y contradictorios, y de celebrada una paz honrosa con el Perú que satisfizo la vindicta del honor colombiano y de reunida la soberanía nacional en toda su plenitud, era necesario este grande acto de moral por parte de S. E. como el término más espléndido de su vida pública. ¿Quién habría, después de esta elocuente lección que intentase usurpar los derechos del pueblo? No habría jamás tiranos en Colombia».

Convencido Bolívar de que el gobierno que había ideado para estos pueblos era irrealizable, tenía que aposentarse en su ánimo la tristeza que acompaña a toda ilusión desvanecida y que, si no estoy equivocado, consiste en desmenuzar y analizar sin término el cómo y el porqué, las circunstancias y las causas de la quiebra y del mal suceso de los propósitos e intentos. Allí es,—¿y quién no lo ha experimentado?—allí es el desandar mentalmente muchos pasos, con temor de hallar alguno que justifique el fracaso; allí el interrogarse angustiosamente acerca de la fe que se puso en los hombres; allí el encarecer la rectitud y sanas intenciones que guiaban la mente y esforzaban el brazo;

allí el pasmarse ante la incomprensión, o torpeza o malignidad de los que estaban llamados a ser colaboradores en obras inmortales, y allí finalmente es el perderse en un sin fin de consideraciones, que por lo mismo que son muchas y muy diversas y hasta encontradas, solicitan la mente en otras tantas direcciones y le hacen perder pie y la sumen al cabo en una contemplación tan inquieta como dolorosa que, por decirlo así, disuelve y esparce la entereza de la personalidad y la hacen prorrumpir en reproches violentos, en gemidos flébiles y en desconcertadas expresiones. Tragedia hay aquí de esa que no puede tener manifestación consentánea sino en el desorden y vehemencia de los gestos y de las palabras. Comparad si os place el acto de Bolívar cuando engañado en Ocumare, por un edecán del General Mariño y abandonado en una playa desierta, a merced de sus enemigos, por unos marinos extranjeros, estuvo a punto de darse un pistolazo (1994), con el otro afán suicida que le poseyó cuando las desavenencias venezolanas y la necesidad de intervenir en ellas como conciliador y mediador a principio del año 30, «le privaron—así dice él—del honor de dejar el mando espontáneamente» «Aseguro a usted—le escribe entonces a Castillo y Rada—que nunca he sufrido tanto como ahora, deseando casi con ansia un momento de desesperación para terminar una vida que es mi oprobio» (1982).

Pero había otra cosa: había también la contemplación apasionada e iracunda de aquella pertinacia con que muchos, desentendiendo las palabras terminantes del Libertador, se empeñaban en suponerle intenciones dictatoriales y en hacerle aparecer como ambicioso de honores monárquicos, y desmenuzando a solas y consigo mismo los crígenes y el proceso de esta opinión, prorrumpía luego en frases amargas, quizá excesivas y

faltas de medida como estas: «esté usted bien persuadido de que soy incapaz de degradarme aspirando a formar el mismo gobierno que he destruído; pues de ello tiene usted pruebas irrefragables y las daré todavía mayores luégo que deje la presidencia que aborrezco, sólo porque juzgan que me puede servir de escala al trono. Bien pronto se verá cuáles mi desprendimiento en esta parte; dentro de muy pocos días se verá de bulto lo que soy» (1979). Así le escribía al General Páez en 27 de diciembre de 1829; al mismo Páez que «había sido autor principal del proyecto de monarquía en el año de 26, y que... denegando su propio proyecto nos lo ha atribuído pérfidamente para combatirnos y disolver la República» (1888) (13 feb. 20) (2001).

«Para el mes de enero habré dejado de ser Presidente», había dicho y repetido Bolívar a fines de 1829, y he aquí que iban corridos cuatro meses de 1830, (2009) y todavía lo era gracias a los sucesos de Venezuela. No era ello un subterfugio para dejar de cumplir la palabra tantas veces empeñada, no era ello un recurso de última hora e «in extremis» para continuar en el mando que alguno de sus remotos sucesores calificaba de «delicioso»; era simplemente que el mismo Bolívar a quien como Presidente se «juzgaba peligroso para el país o por lo menos embarazoso», como Libertador y guerrero era indispensable desde el punto y hora en que se anunciaban conmociones, revueltas y disturbios propicios para el estruendo de las armas. El lazo y nudo que ataban a Bolívar con la Presidencia, parece haber sido la necesidad que tenía la República de un genio tutelar para los momentos en que la paz vacilaba o fuera combatida. Instinto es de los pueblos, volverse hacia los hombres cuya capacidad y pericia pueden salvarlos en una ocasión de peligro.

Y más de una vez hemos visto que el hombre sumamente villpendiado fue puesto en el poder tan pronto como se sintió que él poseía la técnica, arte o ciencia que cuadraba con la angustia amenazante. Así me parece que cuando las circunstancias hacían presente el fantasma de la guerra, luego al punto se formaba una coalición de voluntades y esperanzas en torno del Libertador.

Mientras se arreglaban los asuntos que turbaron a Venezuela a principios del año 30, el Congreso de Bogotá «concluía un proyecto de constitución muy republicano y liberal, propio para agradar a todos los partidos moderados». Bolívar suponía que al cabo de un mes ya estaría sancionado y que para abril o mayo se harían nuevas elecciones de Presidente y Vicepresidente de la República (1994); así se lo hacía saber a Fernández Madrid en 6 de marzo de 1830, y añadía: «He dejado el mando al señor Caicedo con motivo de los males que padezco, aunque no son graves». Estas últimas palabras, supongo yo que fueron dictadas por aquella especie de ilusión, frecuente en los que ya se hallan tocados de muerte. Precisamente entonces convalecía el Libertador de los quebrantos que le asaltaron al llegar a Bogotá y que no eran sino preámbulos del inminente desenlace que se avecinaba, y Bolívar soñaba con recuperar la salud y tornar a sentirse vigoroso no para perpetuarse en la primera magistratura sino para que la dejación del mando que premeditaba desde tiempo atrás, no apareciera como una necesidad impuesta por la ruínosa condición de su salud, sino como un acto de orgullosa y libérrima espontaneidad. En la tristeza que le aparejaba el rompimiento definitivo de su ideal, Bolívar quería tener el consuelo, —diré mejor— la compensación de que él, él por sí mismo y no por imposición de otra voluntad ni por incapaci-

dad física, había deshecho el nudo que ataba las funciones de Presidente con las de Libertador. Quería en otros términos que su separación de la Presidencia no fuera imperada por nadie a fin de que la historia reconociera su desinterés, y que no fuera ocasionada por la miseria corporal a fin de no mostrarse disminuido como hombre. Si hay en esto vanidad, confesemos que es vanidad varonil, de esa que no puede existir sino como emanación de la bravura.

Bolívar entretanto repara sus fuerzas en la quinta de Fucha. ¿Cuáles serán sus pensamientos en este retiro? Creo firmemente que podían traducirse con las frases siguientes que, si no yerro, dejan entender muy bien la pertinacia con que el Libertador desmenuzaba entre sí las causas, las circunstancias, las pasiones y los sentimientos propios y ajenos que aventaron su ideal.

«He renunciado la Presidencia y volveré a renunciarla para defenderme contra las calumnias que espero mueran en los labios de mis enemigos. Yo les haré conocer que no he servido por ambición, y también les haré arrepentirse (si aman la libertad) de su injusta conjuración contra mi desprendimiento. Yo me vengaré siguiendo la táctica de los Partos: huiré de ellos para que perezcan al perseguirme; entonces conocerán si era útil a mi país, y si prefería la libertad a todo.

«Catorce años há que estoy renunciando el mando, que contra todos mis deseos he conservado unas veces por necesidad, y otras por compasión, hasta ahora he sido dócil a los ruegos; pero no lo seré más, porque me es insoportable sufrir el oprobio de oírme llamar tirano y usurpador. Yo sé padecer todo, menos esto. El horror que profeso a la opresión no me permite ser víctima de este sacrificio. Esta es mi pasión dominante, no la puedo doblegar, y mi mayor flaqueza es mi amor

a la libertad; este amor me arrastra a olvidar hasta la gloria misma. Quiero pasar por todo, prefiero sucumbir en mis esperanzas, a pasar por tirano y aún a parecer sospechoso. Mi impetuosa pasión, mi aspiración mayor es la de llevar el nombre de 'amante de la libertad'. El papel de Bruto es mi delirio; y el de Sila, aunque salvador de la Constitución romana, me parece execrable» (a Roberto Wilson: O'Leary XXX, p. 415, cit. de Monsalve).

Pertenecen estas palabras a 1828 (?) pero lo que dicen parece copiado y diluido en la correspondencia de 29 y 30, de tal suerte que no se me hace atrevimiento trasladarlas a los días de Fucha. Si algún poeta trágico quisiere escribir alguna vez el monólogo del Libertador en su tristeza, yo me atrevería a sugerirle que ordenara rítmicamente estas palabras que llevan en sí el acento inconfundible que hizo inmortales a los griegos sonoros, y el humano, recóndito sentir que Shakespeare troqueló en sentenciosas cláusulas.

Los cuatro primeros meses de 1830 no fueron tranquilos. Por una parte la revolución de Venezuela que «protestaba, para efectuar su separación, miras ambiciosas por parte del Libertador y podía alegar que el reelegirlo era un obstáculo a la reconciliación, con peligro de que la república se desmembrara y sobreviniera la guerra civil» (proclama de 27 de abril) por otra los amagos sediciosos que aquí mismo en Bogotá se fomentaban con ocasión de las elecciones y siempre con el propósito de estorbar la reelección de Bolívar como Presidente (2003, 2008). Militarmente hablando, el Libertador veía la flaqueza de la revolución venezolana por lo cual escribía al Coronel Castell el 30 de marzo: «el señor Revenga... hace muy poco que salió de Caracas que, según nos dice, se halla en un estado de gran confusión, porque ya no saben cómo seguir adelante la revolución; que Páez está sin recursos y sin gente, porque los llaneros se

le han desertado y los pueblos están desesperados y amenazando una contrarrevolución; usted —añade— puede hacer trascendentales estas noticias porque son muy ciertas» (2004). Pero mirando las cosas políticamente, Bolívar no creía ni podía ver sino que tanto en Venezuela como en Nueva Granada cobraba creces el partido radicalmente adverso a su continuación como Presidente, y viendo y palpando esta general animadversión, repitió por centésima vez y dirigiéndose al Congreso estas palabras: «Concluida la constitución, y encargados como os halláis por la nación de nombrar los altos funcionarios que deben presidir la república, he juzgado conveniente reiterar mis protestas repetidas de no aceptar otra vez la primera magistratura del estado, aun cuando me honráseis con vuestros sufragios. Debéis estar ciertos de que el bien de la Patria exige de mí el sacrificio de separarme para siempre del país que me dio la vida, para que mi permanencia en Colombia no sea un impedimento a la felicidad de mis conciudadanos».

La insistencia con que Bolívar habla y escribe en esta sustancia y con términos no sólo equivalentes sino idénticos, corresponde según yo lo entiendo, a la tenacidad creciente con que le enrostraban propósitos ambiciosos y se le notificaba que no debía continuar en el mando y que la conjunción Libertador-Presidente quedaba fuera de las combinaciones políticas predominantes. Aquí en Bogotá —dice Groot— se movían todos los resortes posibles para desacreditar al Libertador; nuevas publicaciones por la imprenta aparecieron repitiendo cargos contra él» (cit. de Lecuna, p. 257).

En tales circunstancias, dos caminos podían presentarse a Bolívar: uno era el de imponerse por la fuerza y sacar adelante sus ideales de gobierno atropellando las impugnaciones, quebrantando adversarios y poniendo el temor como base o como garantía de su predominio.

Y era el otro camino el de inclinarse reverente y romántico ante la política que él mismo había contribuido a implantar haciendo libres a éstos pueblos. Yo no sé qué tan andadero habría sido aquel primer camino cien años ha, lo que sí sé es que cien años después habría sido el más lógico, el más natural y—como dicen los médicos— el más indicado. Porque a la vista tenemos varios casos de revolucionarios emancipadores que le pusieron el último complemento a sus hazañas, por lo regular violentísimas, alzándose con el supremo poder político y rigiendo luego con mano de hierro a los mismos pueblos y gentes que les acompañaron y ayudaron a derrocar un anterior estado de cosas. Lo cual significa que todas aquellas palabras y discursos grandilocuentes, bombásticos y altisonantes con que hace un siglo se excecaba la tiranía, el despotismo, la ambición y el ansia de mando que se suponían en el Libertador, oídos hoy en Rusia, en Italia, en Alemania, y contados en Francia por Sorel, producirían asombro y le acarrearían acerbas o sarcásticas críticas a Bolívar: «¿Cómo —se diría— cómo es posible que un hombre que tiene un ideal de gobierno y que al hacer el recuento de sus recursos confiesa que «toda la iglesia, todo el ejército y la inmensa mayoría de la nación estaban por él» (2019) abandone la empresa de implantarlo porque «su país nativo lo había renegado, los locos de Bogotá lo fastidiaban con torpes calumnias y los facciosos de todas partes pretendían oprimirlo?» Aun por aquellos tiempos de la pasada centuria que tanto se señaló por el culto de la libertad, no faltó el otro hombre, genio de la guerra, que sin aguardar el gesto litúrgico, de unas manos consagradas, asió de la corona imperial y se la afirmó en la cabeza diciendo estas palabras: «*Iddio me l'ha dato, guai di chi la toccherà!*», y he aquí que estamos delante de un triunfador reconocido que le hace ascos —no diremos a la realeza porque para ello había

buenas y decorosas razones— sino al mando y al gobierno, y que las rechaza con ademanes entre airados y vergonzosos, entre púdicos e insolentes, sólo porque lo llaman ambicioso, porque exaltaban a los cielos el espíritu de división, la antipatía provincial y todas sus consecuencias (2019) y «porque le hostilizaban para que no mandara y le sucediera otro aunque fuera a costa de una guerra civil y se disolviese completamente la república» (Ib). Decídme francamente que habría habido hecho en circunstancias como éstas y ante dificultades de este linaje un Führer, Duce o Comisario (que tanto puede ser antiguo como moderno y tanto puede sombrearse con el mechón napoleónico como con ese otro que conocemos) ¿qué habrían hecho y juzgado —vuelvo a preguntar— si teniendo las ventajas que tenía y confesaba tener Bolívar, se hubieran sentido como él renegados, como él fastidiados, como él oprimidos, y como él sobresaltados por las antipatías provinciales y por el peligro de que se derrumbase la república? Y no es, nó, que venga yo aquí con la estulta sandez de erigir en criterio de verdad y de gobierno y de salud lo que allá fuera está probándose, Dios sabe con qué resultados; es que pienso en el dilema que puede presentársele a un hombre cuando por una parte su propia convicción le dice que tiene ideas y medios suficientes para salvar a un pueblo, y por otra se siente entrabado para hacerlo o para acometerlo por unas instituciones ya caducas e impropias. Quizás para ventilar este problema podía aducirse el axioma aquel «*Salus populi suprema lex*»; quizás valdría la pena de recordar que las «Instituciones» deben siempre su origen a una voluntad preponderante, quizás convendría anotar que los gobiernos fundados sobre las ruinas de un régimen anterior acaban invariablemente por ser reconocidos, acatados y recibidos aun por los más estrictos partidarios del orden y del derecho. Pero qué-

dese así el problema, porque nada tiene que ver con el caso de Bolívar que se apartó del mando y dejó la presidencia no porque su conservación implicara el desconocimiento y atropello de normas e instituciones que aún no existían, sino —como tantas veces lo dice— para librarse del vilipendio y animadversión políticos y para no servir de pretexto a ulteriores desgracias. Que ello sea un efecto del desinterés, de la generosidad, del desprendimiento, no creo que pueda ponerse en duda; pero hay desprendimientos y abandonos que son o representan una debilidad, acaso una derrota. Si Bolívar tenía conciencia de que contaba con fuerzas y seguidores para imponerse como gobernante y ordenar la república de acuerdo con un ideal que no tenía nada de deshonesto ni monstruoso, y que valía por lo menos, tanto cuanto valían los no muy bien definidos proyectos de sus adversarios políticos, ¿por qué no lo hizo? o porque no pudo o porque no quiso. Para mí es notorio que el Libertador se empeñó en mostrarle al mundo «que él no quería imponerse» y que si dejaba el mando lo hacía por su libre y espontánea voluntad; aspiraba sin duda a coronar su vida con un acto de desinterés que lo acreditase hasta el fin y para siempre de dadivoso, de pródigo y de manirroto. Volverle las espaldas en ademán de menosprecio a los honores y cargos del poderío político, es actitud muy propia para abonar y consagrar a un hombre como tipo del más altanero desenfado; lo que yo no sé es si tal actitud cuadra justamente con las responsabilidades que pueden caer en quien mostró vocación de conductor.

Grande como acto de generosidad, el desprendimiento y renuncia de Bolívar puede ser menos cabal como manifestación de aquel necesario predominio que va unido a la genuina superioridad. No he de negar que me habría gustado oír el juicio de esta generación sobre un Bolívar que hubiera puesto al servicio de una

victoria política todo el prestigio y toda la fuerza que había sacado de sus victorias guerreras; en el olimpo de los héroes moraría hoy bajo los mismos laureles que cobijan a Napoleón Emperador.

Le faltó pues a Bolívar una forma de gloria, y esa falta, muy bien comprendida por él, trajo a su ánimo tristeza irremediable. Pero aun a riesgo de amenguar la abnegación del Libertador, voy a decir que si en ella tuvo mucha parte la generosidad de su ánimo, también la tuvo el descaecimiento de sus fuerzas. Bolívar fue traicionado por su cuerpo, y el quebranto de su carne agobió su espíritu y lo abrumó con final pesadumbre.

Por el mes de mayo Bolívar ya ha salido de la presidencia y de Bogotá (2012, 2013). Quien flaquea en una empresa naturalmente ha de sentir la tentación de achacar el mal suceso antes que a sí mismo, a las dificultades insuperables de la obra; de ahí la amargura y desolación, el pesimismo fundamental del Libertador cuando juzga a su propio país y aun a toda la América: «Esta América es un caos: no se puede hacer lo que se piensa ni pensar lo que se debe, es preciso dejarse arrastrar por el torrente de las calamidades sin objeto y sin plan», así le escribe al general Santa Cruz en 7 de mayo de 1830 (2012). «Marchar —añade— en una palabra, a ciegas».

De que se sigue que Bolívar, a estas horas se confesaba incapaz de dominar la confusión que presenciaba, y se sentía envuelto y arrastrado por una corriente avasalladora contra la cual no hallaba en sí mismo fuerzas de resistencia. Y exacerbándose en su alma este sentimiento de inferioridad ante las perspectivas de una vida pobre y escasa de decoro en tierras extrañas (2013), prorrumpía en estas recriminaciones doloridas: «No sé todavía a donde me iré... no me iré a

Europa hasta no saber en qué pára mi pleito... (respecto del cual dice: «se sabe que tengo justicia y que estoy desvalido)...» y quizás me iré a Curazao a esperar su resultado, y si no a Jamaica, pues estoy decidido a salir de Colombia, sea lo que fuere en adelante. También estoy decidido a no volver más, ni a servir otra vez a mis ingratos compatriotas. La desesperación sólo puede hacerme variar de resolución. Digo la desesperación al verme renegado, perseguido y robado por los mismos a quienes he consagrado veinte años de sacrificios y peligros. Diré no obstante que no los aborrezco, que estoy muy distante de sentir el deseo de la venganza, y que ya mi corazón los ha perdonado...» (2013). Nobles palabras estas últimas; desconsoladas y tal vez extremosas las anteriores que son reflejo de una tribulación secreta que tiene tanto de desilusión como de enfermedad, y que le roba espontaneidad y desenfado al acto de abandonar la escena política.

A ella vuelve los ojos desde Turbaco y después de considerar lo que pudo haber sido y lo que será, le da cuenta de sus tristes visiones a Fernández Madrid: «El espíritu de federación empieza, y acabará con todo... Yo aconsejo la unión, pero temo que no se logre. Mosquera no vendrá al mando (estaba recién elegido presidente) porque temerá ser la víctima de los colegiales de Bogotá, que oprimen aquella ciudad, porque entre nosotros los niños tienen la fuerza de la virilidad, y los hombres maduros tienen la flaqueza de los chochos» (2019).

Por el momento, la profecía de Bolívar, pareció no cumplirse porque don Joaquín Mosquera aceptó la presidencia, lo cual dio ocasión al Libertador (2023) para decirle con rara franqueza que no esperaba nada bueno del porvenir de la república, ni de las gestiones del nuevo magistrado, vaticinio comprobado ampliamente pocos meses después y que Bolívar hacía constar no

sin sarcasmo en estas palabras dirigidas a Briceño Méndez desde Cartagena: «Sabrá usted que se consumó la revolución de Bogotá y que el pobre señor Mosquera ha tenido que salir como ha podido abandonando su puesto bastante trágicamente. Dicen que la opinión pública estaba contra él porque se había dejado dominar completamente por los demagogos o más bien por el miedo a sus puñales. Mi héroe se ha convertido en una calabaza, lo que no ha dejado de ofender un poco mi pobre juicio» (20 set. 2047).

En la carta al Presidente Mosquera, fecha en nueve de junio, y que no fue de congratulaciones sino de pésame: («me alegro por el país y por mí mismo; pero lo siento y lo sentiré siempre por usted») (2021), hay algo más que un vaticinio; hay cuatro líneas que definen el pensamiento bolivariano con gran nitidez, y que dicen así: «Yo he predicado el orden y la unión: he procurado dar, además, ejemplo. He dicho a todo el mundo lo que *pienso*; y yo pienso siempre lo mismo. Estoy por la unión y la integridad. No estoy por las divisiones y los partidos». Con la idea que suele tenerse de los partidos y que los hace aparecer como organismos directores y militantes, depositarios del secreto que hará definitivamente próspera y firme a la Patria, esas palabras del Libertador podrán aparecer —y así se han estimado en ocasiones— como un testimonio del insufrible y nefando despotismo que lo caracterizaba. Leídas en cambio con mente desinteresada, estoy seguro que dirían eso mismo que se afanó por persuadir el más atormentado de los rusos geniales; dirían que no siendo la libertad mera potencia de hacer lo que nos venga en gana porque en tal caso se vuelve desvarío y concluye en servidumbre matándose a sí misma, es necesario concebirla como poder que a sí mismo se coarta en gracia de superiores y perfectos ideales; y dirían también que el paso violento de la sujeción

política o no política a la soberanía e independencia plenas se caracterizan por no sé qué frenesí en el uso y abuso de la libertad, por la fiebre de acoger sin discernimiento cualesquiera opiniones y erigirlas precipitadamente en alma y fuste de otros tantos partidos o facciones que llevan en sí todos los arrestos y todas las menguas de la improvisación apasionada e inconsistente, y por lo mismo mudable, indefinida y caótica. Y precisamente porque Bolívar veía y entendía esto, trataba de oponer el correctivo de la unión y de la integridad, a la licencia desmandada y caprichosa, fenómeno natural en los días de la emancipación, (como son naturales y hasta inevitables ciertas dolencias y ciertas desazones en la infancia y en la adolescencia). Y cuando decía «unión e integridad» y contrastaba estos términos con los de «divisiones y partidos», significaba únicamente su anhelo de autonomía realmente gobernadora de sí misma y no trastornada de continuo por la atracción de innumerables intereses y opiniones que sucesiva o simultáneamente pretenden señalarle a la brújula del gobierno, un Norte en cada uno de los puntos de la rosa náutica. En otros términos: Bolívar adoctrinado en no pequeña parte por ingleses quería hacer de Colombia un tipo de *Self-governement*, y no hay porque negar que lo más contrario al *Self-governement* es el pulular y multiplicarse de las facciones y partidos que siendo pocos y de buen arraigo en la entraña nacional son factores de vida y de orden y de renovación, así como lo son de muerte y de anarquía y de disolución cuando son muchos y forjados al azar de las combinaciones de intereses.

Y comprendiendo esto es obvio que el fracaso de Bolívar, y por consiguiente su tristeza, tenía caracteres de fatalidad inexorable desde el punto en que las «divisiones y partidos» ejercían sobre los ciudadanos más influjo que el imperativo de «unión e integridad».

Para realizarlo, o cuando menos para ponerlo en vías de ejecución, era necesario según la mente de Bolívar, que en una sola persona se juntasen las dos calidades de Libertador y de Presidente. Tal me parece que fue el ideal bolivariano, cuya quiebra, sumada al desfallecimiento físico del Libertador, determinó la desapoderada angustia de su ocaso.

La llamo desapoderada porque sin gran dificultad se echa de ver en Bolívar un recrudecimiento o irritación extremados de la sensibilidad y delicadeza que siempre fueron propias de su índole. Un periódico —llamado «La Aurora»— sugiere que Bolívar no es ajeno a ciertas conspiraciones y conatos de levantamiento y rebeldía, y protesta inmediatamente en cartas a don Joaquín Mosquera y a don Domingo Calcedo (2023, 2020) que todo aquello es un tejido de «groserías infames» y de «calumnias levantadas por hombres viles incapaces de conocerme». Habló alguien de que Bolívar había llamado «heroica» la insurrección de los «Granadinos» y escribe «que no puede creer esta falsedad porque no cree que el señor J. M. Montoya sea un canalla embustero» y añade: «cuando no hubiera otra razón para que yo abandonase a Colombia, ésta me bastaría, pues no quiero que me atribuyan todo lo que pasa» (2015).

Muchas veces me he preguntado qué significan estas quejas de Bolívar y estas sus amenazas de salir del país. Allá en el fondo, muy en el fondo, no sería imposible que Bolívar acostumbrado a magnos homenajes y a que le atribuyesen —como era justo— las hazañas y victorias más principales de la emancipación, consciente además de su propio valor que no sufría comparaciones, se sintiese apocado y envilecido al entender que ya no se acordaban de él sino para cargarle con miserables y vergonzantes manejos. Y tal vez —no sé si pecaré de temerario— Bolívar le intimaba al gobierno y al país su resolución de expatriarse para

darles ocasión y pretexto de que le reconociesen sus merecimientos y alzasen un clamor unánime y ferviente para detenerle y conservarle, para hacerle oír en vida, eso que, apenas muerto, comenzó a resonar sobre su sepultura: «el grito nacional que lo vindicaba llamándolo única esperanza de la Patria y bienhechor de un mundo». (Procl. de Martín al Dep. del Magdalena, 21 Dbre).

Pero entonces nadie le llamaba, a nadie le hacía falta; el Libertador pedía airadamente su pasaporte (2020) desde Turbaco quizá con la esperanza de que se lo negaran sin contemplaciones porque Colombia necesitaba al Héroe y al Padre. Mas no hubo tal, el pasaporte llegó sin dilación, precisamente cuando estaba a la vista fondeado en Cartagena, un buque inglés. ¿Se embarcará Bolívar para Europa? ¿Pondrá por obra su amenaza de desamparar estas tierras para nunca volver a servirles? Sí, esta vez Bolívar está decidido, las circunstancias son propicias, el barco está para zarpar y el Libertador no carecerá en países extraños de lo necesario para su presentación decorosa porque el Congreso acaba de ratificarle la renta de treinta mil pesos anuales que desde 1823 se le había concedido (2022). ¡Treinta mil pesos!... crecida cantidad, que añadida a la fortuna personal de Bolívar, treinta y ocho mil libras esterlinas que iba a recibir por las minas del valle de Aroa (2033), bastaban y sobaban para honrarse en el Exterior.... ¡Treinta mil pesos anuales, durante su vida....! El Libertador va encaminándose al puerto.... ¡Treinta mil pesos!... pero ¿no será que el Congreso y el gobierno han querido significarle con esta largueza que ya no lo han menester, que su ausencia sería muy conveniente y debía facilitársele, que convenía cancelar cuentas pendientes, si acaso las había, y remunerarle dadivosamente los pasados servicios a trueque de que su presencia no embarazase la marcha y los nego-

cios de la recién nacida República?..... ¡Treinta mil pesos! .....en eso estimaban el Gobierno y el Congreso la emancipación... ..así se justipreciaba la epopeya y esos eran los viáticos de despedida..... ¡treinta mil pesos!..... precio contante y sonante que se le pagaba al Libertador para que no estorbara..... Ya está Bolívar en la playa y ante sus ojos se balancea la nave que habrá de llevarse al que dejó de ser Creador de cinco naciones y ya no es sino un huésped incómodo, insoportable por las inquietudes y desazones que cuesta ..... ¡treinta mil pesos! ..... ¿se embarcará Bolívar con rumbo al extranjero?

¿Por qué no he de figurarme que en esos momentos toda el alma batalladora de Bolívar se revolvió con inaudita rebeldía, henchida de venganzas y de maldiciones? Haces de relámpagos, exhalación suprema de la actividad guerrera del Libertador, debieron entonces cruzar por su mente apasionada iluminando vórtices y abismos de desengaño que albergaban ambiciones y represalias horrendas. Así, sólo así, y no miserablemente resignado; así, sólo así, consumiéndose en una llamarada final de rebeldía furente, así y no más que así puedo imaginármelo, para sondear la tristeza sin nombre que se apoderó de Bolívar al desistir de su viaje y regresar a Cartagena para escribirle al Presidente Mosquera no la fulminante y feroz requisitoria que le dictaba su bravura, sino estas frases plenas de abandono y envenenadas por el tósigo de la postración irremediable: «He recibido mi pasaporte para salir de Colombia, y luégo al punto me vine con la mira de embarcarme en un paquete inglés que está fondeado aquí, pero ya la cámara estaba ocupada con una porción de señoras. Además, el tiempo era demasiado angustiado para arreglar todo, y no me pareció decente marchar en medio de una emigración de mujeres: sólo huyendo pudiera parecer esto natural. Por lo demás, los días que

quede en Cartagena no pesarán al Gobierno, pues estoy muy lejos de conspirar contra mis mayores enemigos». (2023).

El viaje frustrado de Bolívar y las reflexiones que con tal ocasión debió de hacerse, tuvieron su compensación. Cinco días después el Libertador se recobra y descende sobre él para confortarle una ilusión: «...los pueblos de Venezuela han vindicado mi honor, volviéndome a reconocer como Jefe de la Nación».... esa es «la restauración de mi gloria empañada con los sucesos infaustos que empezaron a fines del año pasado»..... «Lo mismo sucederá en la mayor parte de Colombia, pues la inmensa mayoría de todos los ciudadanos está decidida a sostener la integridad nacional, a mantener la paz y a defender en común la libertad e independencia. Así como en Venezuela no hay más que cien individuos que se empeñan en dividirnos y perdernos, en la Nueva Granada hay muy pocos más, y cuyo número es compuesto de muy pocos ambiciosos, y de algunos jóvenes y niños locos que no saben lo que se hacen»..... Y como para que los venezolanos no fueran a percatarse de las desgracias y contradicciones que padecía en la Nueva Granada, añade con ufanía de niño: «Briceño, Ibarra y otros informarán a Ud. que cansado de oírme llamar tirano y fastidiado de tantos desagradados, hice todos mis esfuerzos para que el Congreso constituyente llamase a otro ciudadano al mando de la república, como lo hizo en efecto, a su pesar, pues su empeño era reelegirme según aseguraban casi todos los miembros que me honraron hasta el último momento con las mayores muestras de confianza y benevolencia». (2024)

La cita es larga, pero no quise omitirla porque tiene un gran valor para mi asunto. Y ese valor consiste en que esta carta no tuvo destinatario, ni fue enviada nunca. Bolívar, imaginando a solas lo que po-

dría suceder para su mayor satisfacción y empeñándose en darle cuerpo a sus visiones, escribió esta carta «por si acaso», y confió la minuta respectiva al General Briceño Méndez con encargo de que la dirigiese al jefe que encabezara la reacción de Río Chico y el Llano. El día de encaminar estas líneas de Bolívar a su destino, no llegó jamás; Briceño advierte que conserva el borrador «en prueba de que el Libertador ni dispuso ni hizo aquel movimiento sino tarde y no se alucinó con él». (Ep. T. IX pg. 278). Que el hecho mismo no le alucinara, es muy cierto, pero que a la sazón no se deleitara Bolívar con las visiones de su gloria reconocida y ensalzada por Venezuela y Nueva Granada juntamente, es cosa muy distinta; y quien lea la minuta citada se verá forzado a suponer que la energía de Bolívar estaba gravemente comprometida y muy sin esperanzas su tristeza cuando así acudía a refugiarse en las invenciones y mirajes de su fantasía.

¿Bolívar iluso?.....y porqué nó, sobre todo en estas horas finales de la vida en que debilitándose el misterioso encaje del alma con el cuerpo, parece que los enfermos a ratos vuelven a la existencia dolorosa y a ratos se ahuyentan para discurrir dentro de sí mismos por parajes de ensoñación y de delirio! La muerte del Mariscal Sucre creo yo que fue como un choque brutal que le trajo de nuevo a las realidades circundantes y le desbarató las ilusiones con que se lisonjeaba, como se lisonjean los enfermos con el sosiego que la droga nepente les procura, y otra vez se desploman cuando la dolencia recobra sus fueros crueles. ¿Qué se hizo el optimismo con que escribía una semana antes que en Venezuela no había más de cien individuos empeñados en obras de perdición? ¿Qué se hizo la confianza que no le dejaba ver en Nueva Granada sino unos pocos ambiciosos más y algunos jóvenes y niños locos que no sabían lo que se hacían? Ahora el cuadro

tan apacible en que se recreaba el Libertador se muda en otro terrorífico que le hace decir: «es imposible vivir en un país donde se asesinan cruel y bárbaramente los más ilustres generales cuyo mérito ha producido la libertad de la América. Observe Ud. que nuestros enemigos no mueren sino por sus crímenes en los cadalsos o de muerte natural; y los fieles y los heroicos son sacrificados a la venganza de los demagogos.....Yo había deseado ardientemente contribuir a la paz doméstica por todos los medios posibles, pero cuando veo que el desprendimiento más sublime y la inocencia más pura no salvan a los bienhechores de morir como tiranos, no, no, yo no serviré a país tan infame, a hombres tan ingratos y tan execrables!» (a J. J. Flórez, 1.º de julio, 2025). ¡Ah! y qué fue de aquella otra visión tan exultante como candorosa que hace seis días le mostraba una escena grandiosa en que él volvía a ser reconocido como Jefe de la nación venezolana con la perspectiva de que «lo mismo había de suceder en la mayor parte de Colombia»? ¿Y en qué se convirtió la otra visión de una «inmensa mayoría de ciudadanos de Colombia decidida a sostener la integridad nacional, a mantener la paz, y a defender en común la libertad y la independencia»? (2024). En vez de eso Bolívar «piensa que la mira del crimen de Berruecos no fue sino privar a la patria de un sucesor suyo», y piensa también y lo declara sin ambages «que está muy lejos de comprometerse a sostener una unión que parece que se desgarrar con puñales, y mucho menos a aceptar el mando general de estos pueblos» (a Flórez ib. 2025). Y por lo que hace a la inmensa mayoría «de colombianos que le había parecido decidida a volver eficaz y fervorosamente por sus ideales de «unión e integridad», de libertad y de paz, hé aquí que algo más tarde, finalizando el mes de julio, le escribe a D. Leandro

Palacios: «mi más grande ansia es la de irme de este país para Europa, porque estoy muy bien convencido de que nadie puede hacer el bien contra una oposición casi general. Nadie se entiende, nadie absolutamente». (2027).

No había pasado mucho tiempo cuando Bolívar, a quien sólo faltaban tres meses largos para encontrarse con la muerte, cae de nuevo bajo el poder de la ilusión: «La opinión pública—dice con fecha 14 de agosto—se ha pronunciado abiertamente en mi favor en las tres secciones de Colombia. En el Sur es universal y sin oposición; en Venezuela combaten por mí de una manera heroica. En la Nueva Granada la inmensa mayoría del pueblo, toda la Iglesia y sobre todo los militares son afectos a mí. Los del 25 de septiembre son mis enemigos en Bogota, y nada más; así es que se espera de un día a otro una revolución contra el nuevo gobierno» (al Coronel L. Palacios, 14 agto. 2030). Diez y siete días más tarde, Bolívar recibe noticias de que sus partidarios se han levantado en Venezuela, no sin fortuna, lo cual templó y alivia el pesar que le hizo escribir estas palabras: «esos canallas del Congreso han cometido, por miedo, la abominación de proscribirme, cuando seis días antes habían negado esa misma proposición treinta votos contra siete» (2030). Mientras tanto, por acá en Nueva Granada los acontecimientos se multiplican y Bolívar afirma que las noticias correspondientes «son de lo más interesante» (2032 pg. 288). Según ellas «los orejones», que de antemano parece tenían un plan combinado, «en sabiendo que el gobierno mandaba salir de la capital el batallón Callao, tomaron éste que Bolívar llama 'pretexto justo' (Ib.), para pedir al gobierno que cambiase de ministerio, que echase de todo destino público a los que tuvieron parte en la conspiración del 25 de septiembre y que castigase a los escritores públicos y dema-

gogos que oprimían la capital». Hubo en seguida rebelión y desobedecimiento, la capital quedó sitiada y en gran consternación, «Mosquera abandonó la ciudad antes de estos sucesos porque ya los temía, y temía por su vida; Caicedo se encargó interinamente del despacho. Los ministros odiosos salieron, y los amigos (de Bolívar) pidieron a Castillo, Urdaneta, Güal y Vergara para reemplazarlos. Pero se cree—sigue hablando el Libertador—que no se contentarán con todo esto. Dicen que lo tentarán todo y que mis amigos son los que fomentan este partido.....La Religión y el Libertador son victoriados y el triunfo final puede ser muy completo. Aquí (en el Magdalena) se trata de un pronunciamiento que por milagro no se ha efectuado ya. Me quieren comprometer y yo rehusó, lo que ha parado todo» (2032).

Para mí es muy probable que en estos primeros días de septiembre Bolívar acarició el pensamiento de que las circunstancias iban a favorecerle devolviéndole la preeminencia, lustre y acatamiento a que siempre se sintió acreedor. Si no fue así, porqué le escribió a Briceño Méndez a quien suponía en vísperas de marchar a Río Chico para reunirse con el General Monagas y los demás que desde Calabozo hasta Ocumare «clamaban por Bolívar y decían que no querían a nadie sino a su Padre y Libertador» (2032) porqué—digo—le escribió a Briceño Méndez: «Si fuere así—habla de la posible reunión con Monagas—sírvese Ud. darle las expresiones más finas de mi parte, asegurándole que yo pongo grandes esperanzas en su influjo, valor y capacidad; y como nunca he dudado que él sea amigo mío y de Colombia, confío que ahora nos dará las más evidentes pruebas, haciendo al mismo tiempo un servicio eminente al país» (Ib.).

Con todo esto, dirá alguno que estoy demostrando cuán ambicioso fue Bolívar. En realidad, las citas an-

terlores que casi equivalen a una confesión de parte, pueden alegarse para probar que el Libertador fue constante en estimarse a sí mismo merecedor del primer puesto en la República, superior por sus hazañas y por sus ideas a todos sus conciudadanos, y acreedor por los servicios prestados a la Patria no solamente a los honores máximos, sino también al cargo de dirigir y encauzar los destinos de estos pueblos por él emancipados y por él traídos a la conciencia y al ejercicio de la soberanía. Padre, ha sido llamado Bolívar en todo tiempo, y creo yo que él fue quien primeramente comprendió que ese era el apelativo que mejor le convenía y que mejor expresaba su oficio y su misión histórica. Padre, lo fue de verdad porque a poder de una esforzadísima valentía engendró y sacó a la luz una familia de naciones independientes, pero, ¿y quién no sabe que la paternidad legítima implica un celo grandísimo de juntar con el hecho de procrear una vida el derecho de formarla y de tutelarla y de dirigirla? Necesariamente Bolívar, porque era Padre de Colombia, reclamaba para sí el derecho de gobernarla, y cuando ésta no fuera su ambición potísima, habría desmentido su paternidad y se habría equiparado con esos egoístas que engendran por placer y abandonan por villanía cobarde. Próximo a la muerte era también necesario y extremadamente natural que el Libertador y Padre sintiese con dolorosa vehemencia el pesar de no haber podido cumplir con la función segunda (pero no por segunda, menos sustantiva) de la paternidad integral. Otros se sintieron con mejores medios, mayores fuerzas y más finos talentos para realizar esa función, y aquí también era fatal que el Padre detestara a cuantos pretendían compartir o arrebatarle su derecho y entrara con ellos en acerbos disputas y hasta en competiciones violentas.

Gobernar a Colombia.... dirigir a Colombia.... prote-

ger a Colombia! Sí, esa fue la ambición de Bolívar; y si hace falta que diga que esa fue su ambición penne y desapoderada, lo diré sin embozo, porque prefero dejar sobre su nombre el título de ambicioso antes que poner en duda lo legítimo y exigente de su paternidad.

Concededme en cambio, que Bolívar atento a que su ambición de Padre no fuera nunca a confundirse con las ambiciones sin derecho y sin capacidad, quiso ceñirse a la norma caballeresca del desprendimiento, y rehusó emplear la fuerza y el prestigio que le acompañaban, para posesionarse de lo que creía le era debido. Por eso renunció la presidencia; por eso le exasperaba sin medida que le llamasen ambicioso, tirano, usurpador; por eso renegó de las conspiraciones y de los conspiradores de oficio... pero no nos engañemos: debajo de sus renunciadas reiteradas, debajo de sus amenazas de dejar el país, debajo de sus protestas de no admitir mando político de ninguna especie, y hasta debajo de las acerbos maldiciones que sin miramientos esparcía sobre los «ingratos», permaneció siempre imborrable, íntegra, hirviente y ceñuda la ambición de completar con el gobierno la obra comenzada con la emancipación. Por eso fue Padre.

Y qué me importa que una u otra vez, sobre todo ahora al remate de sus días, soñara con la posibilidad de que un eventual y esperado levantamiento de los pueblos, le restituyera o le corroborara todo el poderío necesario para concluir la independencia de Colombia mediante un gobierno apropiado que él había pensado y madurado largamente? ¿Se dirá que es éste un grave e irremisible crimen? Pero entonces, ¿cómo habrá que juzgar a los que con menos títulos, o sin otro título que el interés o la especulación aventuradora o la audacia mental o el antojo de aventuras, pretenden el gobierno pero de tal manera que sin

aguardar a que el entusiasmo y voto de los pueblos les abran y franquee el acceso a las alturas, echan mano de la fuerza y del ardid para imponerse? Si a cuentas vamos, y si medimos a Bolívar con el criterio de las modernas prepotencias, el pecado de Bolívar no fue la ambición, sino la falta de coraje para hacer que su ambición prevaleciera.

A la luz de este criterio despótico, yo convengo en que el Libertador no puede emparejar con los arriscados conductores de pueblos que desde hace algunos años andan en las lenguas de todos. Y hago mención de ellos porque sus empresas han sido (como pudo ser la de Bolívar) el resultado de una conjunción entre la milicia y la política que pára en férrea dictadura. Cotejado con esos que he llamado conductores, Bolívar apenas es un héroe romántico o un Quijote sin ventura, un «majadero» como él mismo se llama; «majadero» sin duda porque no contaba para llevar a buen término las exigencias de su gloria sino con el instinto de los pueblos que reconociéndole como Libertador acudirían a coserse con él porque —dirían— «aquí me dieron lo que tengo, aquí me derán lo que me falta».

Bolívar reparaba en los sucesos de agosto y septiembre y atendía a las vicisitudes del gobierno de Bogotá, no para intervenir en ellos como fautor o instigador ávido de redondear su fortuna guerrera y política, merced a un golpe de cuartel, sino para discernir entre tantas alternativas el momento propicio en que pudiera dejarse llevar por el entusiasmo de los pueblos. Pero ese momento no llegó. Ya en 4 de septiembre al saber el pronunciamiento del Socorro le escribe al General Justo Briceño: «Aquí (en Cartagena) lo han imitado.... y aunque me han nombrado también de general del ejército, yo no he debido admitir una comisión que indudablemente debía arruinar mi crédito; pues a Ud. no se le oculta cuáles son las desgraciadas

circunstancias que me han inducido a ser juguete del deshonor y la fortuna. Si yo diera de nuevo este paso, sería un nuevo triunfo para mis enemigos y quizás no lograríamos sino embarazos y mayores dificultades que vencer, siendo constante que los que influyen sobre el gobierno me temen y me aborrecen más que a todos sus contrarios» (2035). Y allí mismo aparece esta confesión que, por duro que sea decirlo, revela la impotencia a que se había condenado Bolívar y el papel secundario que se resignaba a representar: «Si hubiera un servicio útil a la patria y conveniente yo lo haría en el acto; este servicio no podía ser otro que el de mediador entre tan crueles adversarios; pero para esto era necesario que ambos partidos tuviesen por mí alguna consideración, lo que no sucede, como Ud. sabe muy bien» (Ib.) Me imagino que Bolívar habría podido escribir: «mediador entre mis amigos y mis enemigos», en lugar de «mediador entre tan crueles adversarios».

Cae aquí, una vez más, sobre Bolívar la nube de su perpetuo desengaño, la exaltación de un momento —la euforia que suspendió por unos días el mal de tristeza que se lo llevaba a más andar—cede el puesto a la depresión que de tiempo atrás venía agotándole: «Uds. —le dice a Briceño Méndez—instan mucho porque yo me vuelva un faccioso y me ponga a la cabeza de unos rebeldes.... Me exigen que yo sacrifique mi nombre de ciudadano honrado, sólo para llevar a cuatro emigrados a sus casas. Pues bien, no lo haré y le juro a Ud. que jamás volveré a tomar el mando, para no volver a ser ingrato con mis amigos ni cobarde con mis enemigos». Y amargado más que nunca por la evidencia de su fracaso, añade estas frases sumamente significativas: «Tenga Ud. la bondad de preguntarle a Aranda cuáles son esos amigos a quienes he correspondido mal. Yo entiendo bien esta frase, que perdono, porque es el grito

de la desesperación y de la torpeza». De la desesperación—comentaré yo—porque había muchos que confiaban en la restauración y afianzamiento de Bolívar merced a un sobresalto de su energía guerrera; de la torpeza porque Bolívar entendía muy bien que por estos caminos nada se lograría, que sus amigos—en otros términos—no sabrían allanarle las sendas por donde pudiera transitar decorosamente en busca de su ideal.

¿Habrán terminado las ilusiones del Libertador? No: ahora va a ilusionarse con la perspectiva de una campaña pacificadora, el cstruendo de las armas le fascina como a tantos otros vencedores, al avvicinarse el trance supremo. Cierta que Urdaneta, encargado del ejecutivo por ausencia de Mosquera, le llama a la capital para que vaya a presidir los destinos de la República (2043), pero al Libertador no le seduce «un mando que no tiene otros títulos que dos actas de dos consejos municipales» (2044). Si por rehusarlo sobreviene la anarquía «¿qué podrá hacer él contra una barrera de bronce que lo separa de la presidencia? Esa barrera es el derecho, no lo tengo—dice—ni lo ha cedido el que lo poseía.... el señor Mosquera no ha renunciado su título, y mañana se hará reconocer en otra parte de presidente legítimo.... entonces él será presidente legítimo y yo usurpador. Yo no puedo reducirme a esta situación, por más que me esfuerce a dominar mi repugnancia» (a Urdaneta 18 sept. 2044).

Nada más terminante.... y sin embargo.... a pesar de todo.... queda un resquicio, queda una última probabilidad, Colombia podría ser gobernada por su Libertador....; ¡oh grande ensueño, ambición indestructible que no puede ser sofocada jamás! «esperaremos por consiguiente a las elecciones. Llegado este caso, la legitimidad me cubrirá con su sombra o habrá un nuevo presidente.... entonces, y sólo entonces, podré entrar en el poder ejecutivo, suponiendo siempre que las elecciones se hacen conforme a la ley» (2044).

Si ello había de ser algo más que una fantasía, Bolívar no quiere considerarlo. Con la actividad apasionada de otros días comienza a trazar planes guerreros: «debemos antes de pensar en la administración, crear de nuevo esta patria que se ha disuelto, y por consiguiente, hasta que no esté reunida por las armas no se puede gobernar bien.... Yo marchó para allá a la cabeza de 2000 hombres a contribuir al restablecimiento del orden público y a sostener el gobierno existente» (Ib.). Y luégo a continuación con la brevedad matemática que es propia de su estilo en estas ocasiones, indica los generales que deben marchar al Cauca, habla de las tropas de Antioquia, de la guerra que moverán Popayán y Patía, de las operaciones que se reserva desde el Magdalena hasta Venezuela pasando por Boyacá, del dinero que necesita en Cúcuta (pg. 316). Diríase que ya tiene presentes el mapa y derrotero de muchas batallas y que de nuevo va a entregarse a geniales combinaciones estratégicas. El Bolívar guerrero galvaniza al Bolívar enfermo, contemplativo y descorazonado que destilaba hieles en Cartagena: «Por acá estamos todos muy alegres» le dice a Ibarra, y a Justo Briceño: «Antes de quince días saldré para Ocaña llevándome cerca de 2000 hombres de este departamento para ocurrir donde mi presencia sea necesaria y poner en acción todas mis facultades para el completo restablecimiento del orden» (2045). Todas estas resoluciones Bolívar las toma entre el 18 y el 20 de septiembre, y parece que este entusiasmo inopinado se inspira en el pensamiento ya transcrito: «Crear de nuevo esta patria que se ha disuelto; reunirla por las armas para que pueda ser bien gobernada».

¡Las armas y el gobierno!.... ¿No eran acaso estos dos términos los que cifraban el anhelo fundamental del Libertador? Lo eran, en efecto, y en tan alto grado que Bolívar pudiéramos decir que se traiciona y vende candorosamente cuando dice en la carta de 18

de septiembre a Urdaneta: «Yo marché para esa capital, lo que debe suponer (sic) que puedo admitir el mando; también es cierto que si llego a poner los pies en Bogotá, no sé que será de mí, acosado por todas partes, con la Iglesia por un lado, con el ejército por otro y el pueblo por todas partes! Allí perdería la cabeza, mi amigo, y no respondería de mí». Apenas es concebible esta ingenuidad en una carta a Urdaneta que, como sabemos, fue depositario de muy íntimas y personales confidencias y de muy secretos encargos de Bolívar. (1971. Post-data).

En esta última etapa de su vida es preciso aplicarle casi de continuo aquello de Silvio Pellico: «E quel'io che poc'anzi era forte—Or mi sento di speme languir». En efecto, raya en lo inverosímil que el mismo día 20 de septiembre en que rebosa de entusiasmo hablando con Ibarra, más aún, en la misma carta en que le dice a Briceño Méndez: «En fin, me han nombrado de Jefe o Presidente (en Bogotá); y a Urdaneta encargado del ejecutivo mientras yo llego. El Socorro se levantó con Justo a su cabeza, y Marés hizo lo mismo en Tunja. A esta hora estará toda la Nueva Granada decidida: pues no había pueblo que no estuviese animado del mismo espíritu. Unase a esto la determinación en que está Flórez de unirse a mí para salvar la patria»; es inverosímil,—digo—que en esta misma carta se hallen el desconsuelo ordinario y el tema fundamental de su tristeza: «Si acaso fuere nombrado constitucionalmente por la mayoría de los sufragios, aceptaría si me convencía de que mi elección era verdaderamente popular. Pero mi amigo, Ud. que conoce la constitución que tenemos y los nuevos inconvenientes que se han multiplicado en estos últimos días, cómo es posible que uno se comprometa a servir contra tantas probabilidades? Sólo un prodigio de circunstancias favorables puede decidirme. Uds. dirán que es preciso vivir; y yo digo lo

mismo, que es preciso que yo viva; no sé si me equivoco, pero creo que valgo como cada uno, y que debo pretender como cada uno mi honor, mi reposo y mi vida. Yo no puedo vivir entre asesinos y facciosos; yo no puedo ser honrado entre semejante canalla, y no puedo gozar del reposo en medio de las alarmas. A nadie le piden tantos sacrificios como a mí, y esto para que todos hagan lo que les tiene más cuenta. Aquí no hay equidad; por consiguiente, yo debo tomar por mí mismo la parte de mi justicia» (2047).

Leyendo esto, cualquiera notará en Bolívar una como energía declinante que arranca de la visión alborozada de probables batallas, se detiene ante la posibilidad de la presidencia, pesa el pro y el contra de esta aventura y la encuentra desproporcionada, decae entonces y se revuelve sobre sí mismo, no sin ensañarse antes contra los que le han puesto en estas condiciones de inferioridad, pone en tela de juicio el desinterés y lealtad de los que le piden sacrificios, pero en el fondo se regocija de que se los pidan y quizás magnifica y exagera estas peticiones porque son un testimonio de que vale y puede mucho; si no le pidieran nada o le pidieran poco, señal cierta sería de que ya le tenían olvidado y menospreciado. «A nadie le piden tantos sacrificios como a mí», por consiguiente a nadie consideran más capaz, y nadie puede ser más necesario. Como veis, Bolívar parece consolarse con el reconocimiento de su grandeza, aunque sea hecho por gentes que sólo miran a lo que les tiene más cuenta. Y consolarse de esta suerte, ¿no será una lastimosa confesión de decadencia, un recurso ingenuo de la caducidad, y una forma, harto más ingenua del conmovedor egoísmo de los moribundos? Yo no sé si el Libertador lo comprendió así; lo que sí sé es que de los planes y expectativas que le agitaron durante unos pocos días del mes de septiembre, no vino a quedar sino

esta otra confesión enfática que se le escapa por primera vez: «Yo estoy viejo, enfermo, cansado, desengañado, hostigado, calumniado y mal pagado, y agrega con apariencias de sarcasmo y de mofa contra sí mismo y contra las hazañas que premeditaba unos momentos antes: «En fin, antes de ocho días me voy para Ocaña, más por ir allá, que por otra causa, pues no tenga ganas de meterme en más bochínches; sin embargo, si las cosas de Venezuela se presentan bien, no dejaré de hacer mis esfuerzos por lo único que me interesa algo, esto es, siempre que los negocios interiores nos dejen libres para poder ejecutar esta expedición» (2047).

Podría decirse que después de estas declaraciones Bolívar comienza a rondar en círculos cada vez más angostos en torno a este santuario interior que es reino de clarividencia, cuyas puertas suelen entreabrirse al avecinarse la muerte, y a donde sólo llegan muy apagadas las disonancias de las pasiones y sentimientos personales. Allí, pienso que el hombre se despoja de sí mismo, y ante las primeras vislumbres de la realidad realísima e intrínseca hace el testamento de su alma y de su espíritu, que, a diferencia del otro testamento no contiene disposiciones sobre traslación de dominio, sino cláusulas en que se abrevia la fórmula de la última renunciación y del final desprendimiento. Allí surge escueta la visión de las cosas que lleva en sí la virtud esencial de reducir a su ser propio, o sea a casi nada, estas apariencias falaces en que vivimos prisioneros.

«*The more of reality you saw, the less of being you possessed*», dice Myers, y pasando los ojos por cartas como la de Bolívar a don Estanislao Vergara, fecha en 25 de septiembre, se siente uno tentado a aplicarle al Libertador eso que se dijo del Príncipe Jali: «*He saw*

*things as they really were and was, in consequence, practically nothing at all*».

Revélase el aniquilamiento de Bolívar de muchas maneras. La presidencia con que lo convidan desde Bogotá, no le ilusiona visto que no es sino una «usurpación que la gaceta extraordinaria ha puesto de manifiesto sin disfrazar ni en una coma la naturaleza del atentado» (2049). Ve, de otra parte cuánto hay de torpe interés, de libertad suicida, de flagrante ilegalidad y de bochornosa prepotencia en las insurrecciones, y tanto le fastidian «que últimamente ha deplorado hasta la que hizo contra los españoles», nó, claro está, por lo que ella fue en sí misma, sino porque gentes mal aconsejadas creyeron y creerán que así como fueron exterminados los españoles, también podía ser justo y razonable apelar al exterminio para acallar a los conciudadanos que por pertenecer a otro partido, tuvieran opiniones diversas (2054. pg. 335). Ni es menos cierto que comprende cuán poco puede esperar de sus amigos así militares como civiles y cuánto ha bajado en la estimación de unos y de otros: ahí están las cartas de Castillo que le demuestran «que el Libertador no ha sabido gobernar porque ha sido muy parcial, injusto, vindicativo, mal financista y cuantos nombres hay en el diccionario de las tachas.... Castillo poseerá sin duda todas las cualidades que a Bolívar le faltan, habría sido por tanto el mejor presidente del mundo, y fue gran lástima que no hubiera mostrado todas sus habilidades desde que entró a gobernar. Todo se lo reservó para después de muerta la difunta». Esto sin contar con que ya no es hora de ambicionar el mando; antes lo rehusaba el Libertador por punto de honra y por abnegación caballeresca, hoy tiene que rehusarlo por eso y porque no quiere ser usurpador del puesto que abandonó Mosquera, y también por otras razones

sumamente triviales pero definitivas: «aborrezco el mando porque mis servicios no han sido felices, porque mi natural es contrario a la vida sedentaria, porque carezco de conocimientos, porque estoy cansado, y porque estoy enfermo» (2049).

Así, no es extraño que el viaje a Ocaña y a Bogotá y la expedición pacificadora al frente de 2000 hombres queden pospuestos y hasta olvidados. En vez de soñar con hazañas guerreras, piensa Bolívar en viajes de salud: «Dentro de tres días me voy hacia Santa Marta, por hacer ejercicio, por salir del fastidio en que estoy y por mejorar de temperamento. Yo estoy aquí renegando, contra toda mi voluntad; pues he deseado irme a los infiernos, por salir de Colombia; pero el señor Juan de Francisco, a la cabeza de otra porción de importunos, me han tiranizado haciéndome quedar donde no puedo ni quiero vivir» (2049).

Dije al principio que en el Libertador se mostraban como dos aspectos capitales de su índole la pasión de actividad y la pasión contemplativa, que la primera le hizo guerrero incomparable y la segunda le acarreó tristeza letal.

Completaré ahora mi pensamiento agregando que en este mundo en que vivimos la realidad y las apariencias no encajan ni cuadran entre sí. Realidad es el ser íntimo de las cosas, la última y fundamental energía que soporta y explica los fenómenos; y entiendo por apariencias esta sobrehoz de la existencia inmediatamente perceptible, teatro y escena donde representa sus papeles nuestra actividad ordinaria y patente. Quien atiende a las apariencias forzosamente descuida la realidad, y quien se apasiona por ésta se hace inactivo en los ojos de los demás. Cuidar juntamente y con análogo empeño de la realidad de las cosas y de sus apariencias, se me hace imposible; reunir en un mismo ánimo la acción y la contemplación lo tengo por utó-

pico, porque, a mi ver, la acción se desarrolla entre las apariencias como la contemplación se ejercita propiamente en los aledaños de la realidad, y la realidad y las apariencias son aquellos dos señores de que habla el Evangelio, a quienes no puede uno servir a un mismo tiempo por cuanto si ama al uno menospreciará al otro: «aut unum diligit et alterum contemnet». Que es también lo que hacía creer al Príncipe Jali que «to live in and for reality was to dwindle and fade, to accept appearances was to wax fat and grow strong», entendiendo esto de la opinión vulgar de los hombres.

A lo último de su vida Bolívar no sólo conserva íntegra su personalidad que es mezcla de acción y de contemplación apasionadas, sino que exhibe con gran nitidez y precisión ejemplos concluyentes de su ser activo y de su ser contemplativo. Y cabalmente porque en estos meses finales se desdobra así a la continua y con intervalos más y más breves, Bolívar nos ofrece un espectáculo de incoherencia y de contradicción consigo mismo, de inconsecuencia y de inconstancia en sus opiniones y propósitos. Un ejemplo nos permitirá entender lo que digo: Cuando Bolívar en 18 de septiembre le escribe a Urdaneta y a otros que va a ponerse en marcha para la capital y que al llegar a ella, acosado por el entusiasmo de sus amigos y servidores, perdería quizás la cabeza y se encargaría del mando (2044). Bolívar es el hombre de acción, estimador de los sucesos y ordenador de las situaciones para «salvar su responsabilidad sin dejar de ser útil» a la República; mas cuando Bolívar en 25 del mismo mes le escribe a Vergara y explica su conducta de una semana antes con estas palabras: «No dejé de manifestar al General Urdaneta que yo no iba a Bogotá ni aceptaba el mando» (2044), Bolívar es el contemplativo que descubre más allá de todas estas apariencias de reconstrucción y defensa patrióticas, la inanimidad de tales co-

natos y su intrínseca miseria, por eso añade: «Usted dirá que todo esto está en oposición con mi proclama y mi oficio al gobierno. Responderé que Santa María me hizo ver que ustedes se iban a dividir en mil partidos y se arruinaba completamente la patria si *redondamente* yo respondía que no aceptaba; ofrecí, pues, disimular, hablando vagamente de servir como ciudadano y como soldado.... Por consiguiente, yo no he engañado a nadie sino a los enemigos para que no acaben con ustedes de repente y de nuevo».

Bolívar activo en el mundo de las apariencias no sosiega jamás. Tocado de muerte, olvida sus males en cuanto se le representa alguna operación militar, y se diría que Bolívar estratega era inaccesible a la enfermedad; «Ocupe usted con fuerza a Neiva y a Antioquia antes que las armen Obando y López, y después es preciso obrar sobre el valle del Cauca.... Vamos a mandar el batallón Apure a Cúcuta, estas tropas con algunas más que tenga Carrillo pueden cubrir aquel punto; aunque no es regular que lo ataquen, cuando nos esperan por Maracaibo. Esta operación es esencial para que la Nueva Granada no sea atacada». Así habla con Urdaneta el 2 de octubre (2051), un Bolívar que con estar moribundo y a dos meses de plazo de la muerte, se mantenía imperturbable en su actividad apasionada, pero el otro Bolívar, el de la contemplación apasionada, el enfermo de tristeza, le escribía el mismo día a Briceño (2052): «tiemblo de la suerte de usted porque me han asegurado que se ha llevado los peores demonios que había en Bogotá.... No espere usted que yo siga al interior mientras que usted tenga esos enemigos a su lado, pues no quiero ser víctima de una confianza ciega como la de usted que se ha entregado como manso cordero a la saña y a la ingratitud. Usted se engaña en esperar que la generosidad puede vencer a esas serpientes.... Ya usted habrá sabido la conspiración

que se intentó en Bogotá. Esta prueba de perfidia era demás, para los que conocen los hombres y los partidos». ¿No probarán estas frases, sobre todo la última, que está hablando el Bolívar apesadumbrado por la contemplación de las realidades humanas?

Bolívar, el que siempre estuvo dominado por la pasión de actividad guerrera es el que le dice a Urdaneta (16 Oct. 2054, p. 337): «No soy de opinión que en el día se haga nada sobre Maracaibo, porque las tropas de que se puede disponer hacen falta para conservar el orden en el país.... Hasta que Flores no obre sobre Pasto, Popayán dará mucho que hacer». Mas en la misma carta aparece el fantasma ominoso de Bolívar contemplativo que llueve profecías de desgracia y funestas predicciones sobre todos estos alardes y tretas militares: «Yo creo lo que me han dicho de que los pueblos son afectos, y algunos individuos enemigos; con todo esto no creo que haya la menor seguridad ni aun probabilidad de mantener las provincias en orden y obediencia.... Los jóvenes demagogos van a imitar la conducta sanguinaria de los godos españoles o de los jacobinos para hacerse temer y seguir por toda la canalla. Ellos han visto por sus propios ojos y a su costa que la conducta débil y algo moderada de sus magistrados queridos les ha producido su ruina. Ahora será lo contrario: guerra a muerte será su grito, y como nosotros hicimos con los españoles, nos exterminarán».

Yo no quisiera pasar de indiscreto viendo en estas palabras un anuncio o adivinación de lo que ha solido practicarse por tierras americanas o no americanas, donde los partidos y facciones fían sus expectativas de predominio no tanto a la bondad de sus ideas y a la aceptación nacional de ellas cuanto a los recursos de fuerza, a la enemistad exterminadora, al usufructo ex-

clusivo del poder, a los engaños, falacias y suplantaciones de baja estofa, a la mofa sistemática de la voluntad popular expresada en el sufragio. Achaques son estos que entraron de seguro en el campo de la contemplación de Bolívar, y allá se condensaron en éste que no fue anhelo monstruoso de su alma, sino retoque final a un cuadro de desolación abominable y maldecida: «estoy persuadido que nuestra autoridad y nuestras vidas no se pueden conservar sino a costa de la sangre de nuestros contrarios, sin que por este sacrificio se logre la paz ni la felicidad, mucho menos el honor»

Bolívar cae postrado en el lugarejo de Soledad y recogido a su lecho oye —como él dice— «los consejos de la triste almohada», (p. 347.2061). A ratos los oye Bolívar activo y los traslada al papel en páginas larguísimas donde no se nota el menor desfallecimiento o abandono: «Dicen que Mariño viene a Cúcuta con sus tropas; y si se une este general con el perfidísimo Soto y el popular Fortoul, no dejarán ustedes que tener mucho que sufrir y aun que experimentar una reacción general... llegado el caso (de que sientan en Nueva Granada una expedición de Venezuela), no sé como puedan ustedes desentenderse de las amenazas y aun realidades de Casanare, de la invasión por Pamplona, de las tentativas de Obando, de las rebeliones de Neiva y del levantamiento en masa de Antioquia... no piense usted que de aquí lo socorrerán, porque Río Hacha, sostenido por Maracaibo, dará bastante que hacer, sin hacer mención de Santa Marta... yo no sé si el decoro lo permite, pero sí me parece muy útil que se negocie con habilidad y destreza con Páez, Popayán y Casanare para no correr un ciento de riesgo... Blanco debería seguir por el camino más corto a Cúcuta... La brigada no debe bajar de 1000 hombres, Carrillo podía mandar la otra, y Justo toda la división... llame usted al servicio al coronel Acero... Veré a Montilla

para que mande a usted oficiales y jefes superiores.... Nombre usted a Valdés segundo jefe de las tropas del Magdalena....» Sirvan estas frases para mostrarnos cómo era Bolívar activo «aconsejado por su triste almohada», y ese mismo tono de hombre alerta, seguro de su entendimiento y de su acierto, complacido en la firmeza y buen fundamento de sus consejos e instrucciones militares, persevera inmutable en todas y en cada una de las cartas de estos dos últimos meses, ora se dirija a Briceño (2063), ora a Urdaneta y a Montilla. Y no cansaré más con citas, que por muy largas que sean y por muy numerosas, no añadirán un adarme de certidumbre a la idea que me he formado de Bolívar activo y guerrero. Todas esas citas le probarían a Emerson que el Libertador sí fue un héroe, porque todos ellos concuerdan con aquel apotegma: *Self-trust is the essence of heroism.*

La «triste almohada» aconseja también a Bolívar cuando está de humor contemplativo, y entonces el Libertador le contesta a D. Estanislao Vergara (2060, 25 oct.) que sigue insistiendo con él para que se encargue del mando: «por ahora me parece bien difícil; y como la causa principal que me lo impide es mi salud, que me ha reducido a un estado bien triste, yo no sé qué será para lo futuro, y si podré nunca llenar los votos con que me han querido honrar mis concludadanos, dándome esta última prueba de confianza». Pero ese mismo día le escribe a Urdaneta: «si mejoro algo y tuviera tiempo para llegar, y viere que hay tropas con qué defender el país, me iré a Ocaña y de allí a Cúcuta o a la parte de Pamplona donde más convenga» (2061). No deja de ser interesante que cuando se habla de armas, de tropas y de expediciones militares, Bolívar sólo de pasada piensa en sus dolencias y en el estado de verdadera decrepitud y agotamiento que se apresura a describir con el mayor realismo en cuanto se trata de

que asuma el mando. Tema es éste que inevitablemente suscita en Bolívar la pasión contemplativa que unas veces se traduce en frases como esta: «necesito ponerme en curaclón formal para no salir tan pronto de este mundo, lo que no me costaría mucho, pues yo me he quedado contra toda mi voluntad en este país y no sé a punto fijo si me sería sensible morirme con tal de salir de Colombia» (2062); otras veces la contemplación del mundo le lleva si no a dilucidar, por lo menos a descubrir intimidades de la vida política, o en otros términos, su triste realidad, como cuando le dice a Briceño: «voy a decir a usted un secreto y es que la enemistad de usted con Urdaneta va a arruinar la causa, y que esta es la principal razón por qué yo no he querido ir al interior ni encargarme de nada; pues no quiero estar como antes entre Páez y Santander, cuya división me perdió a mí y los perderá a todos» (31 oct. 2063); y otras veces, en fin, escribe nobles sentencias y agudas críticas sobre la legitimidad y proceso de los actos gubernamentales en épocas de desconcierto y acefalía, pero hace preceder sus dictámenes de estas palabras: «El mal humor, la atrabilis que me devora y lo desesperanzado que me hallo de la salvación de la patria, me han inspirado los pensamientos más negros y menos cortesmente expresados» (2067); preámbulo mal avenido con la serenidad de esta exposición y que parecería más adecuado en la carta dirigida a Juan José Flores cinco días después (9 de Nov.) y en la cual destiló la quinta esencia de sus desencantos políticos: «usted sabe que yo he mandado veinte años, y de ellos no he sacado más que pocos resultados ciertos; 1.º la América es ingobernable para nosotros; 2.º el que sirve una revolución ara en el mar; 3.º la única cosa que se puede hacer en América es emigrar; 4.º este país caerá infaliblemente en manos de la multitud desenfrenada para después pasar a tiranuelos casi impercepti-

bles de todos colores y razas; 5.º devorados por todos los crímenes y extinguidos por la ferocidad, los europeos no se dignarán conquistarnos; 6.º si fuera posible que una parte del mundo volviera al caos primitivo, éste sería el último período de la América.... La súbita reacción de la ideología exagerada va a llenarnos de cuantos males nos faltaban, o más bien los van a completar, usted verá que todo el mundo va a entregarse al torrente de la demagogia» (2074).

Dijérase que Bolívar se empeña en renegar de toda su obra y en aniquilarse a sí mismo juntamente con ella; en este instante, primera vigilia de su tránsito, ha querido reunir en unas pocas cláusulas intencionalmente breves y desnudas, todo el fruto de su contemplación y todos los resultados de su esfuerzo por acercarse a la íntima realidad de las cosas. Exageró sin duda, porque el hombre no está a cubierto de la ilusión ni puede emanciparse del engaño, ni aun cuando se aplica a buscar y perseguir la realidad, y ella es tan oculta y misteriosa, es tan esquiva a las investigaciones de los mortales hechos para agitarse en un mundo de apariencias y fantasmagorías, que muchas veces, cuando creemos que vamos a darle alcance, se envuelve y reboza en velos tan densos que nos la roban y en su lugar nos dejan el acre sentimiento de la universal vanidad y de la nada impalpable. El pesquisidor de la realidad casi inevitablemente pára en pesimista, así como el amartelado de las apariencias es optimista a todo trance; el primero suele dejarse dominar por un apetito de destrucción que puede ser consecuencia del análisis, mientras que el segundo se regocija pensando que crea por más que, en ocasiones, llame creación lo que no es sino una síntesis mal acondicionada y sumamente deleznable. De donde venimos a deducir que si el temperamento contemplativo se hermana con

el negro pesimismo, el temperamento activo es de suyo optimista, porque la realidad, señuelo de la contemplación, aflige, y las apariencias, feudo de la acción, entretienen. ¿No es esto, por ventura, lo que dice el *Eclesiástes* al no hallar como término a todas sus solicitudes y afanes sino *labor et afflictio spiritus?* (Cap. I, 17).

Bolívar, crudamente pesimista porque altamente contemplativo, escribió la carta a Juan José Flores, y se nos mostró aniquilado en sí mismo y en su obra, pero aún entonces conservó toda su grandeza. Digamos de él lo que se dijo del Príncipe Jall: *There was something rather grand in that, and it was not lost on him. His sense of inferiority was balanced by and equal sense of power. If he was nothing, on the other hand he saw everything. He stood in an isolation that was at once contemptible and splendid.* No es otro el incomunicable privilegio de los contemplativos, o lo que es lo mismo, de los tristes. *¡Beati qui lugent.... Vae vobis qui ridetis!...*

Y ya que de aislamiento se trata, ¿cómo no pensar en que Bolívar debió de percibirlo en sus últimos días? Sus predicciones desastradas, sus desesperanzas, sus desalientos, su falta de ánimo y de gana para contentar a los que le incitaban a reasumir el mando acabaron por fastidiar aun a sus mejores amigos, y el fervor y decisión que puso Bolívar hasta el fin en las empresas militares no alcanzó a compensar el mal efecto que producían sus desaires y críticas a las empresas y a los empresarios políticos. Vestigios hay más que suficientes para suponer que Urdaneta y D. Estanislao Vergara llevaban a mal las indicaciones de Bolívar y acogían en su daño *chismes* e interpretaciones de diversa índole (2061, P. D., p. 348) (2099, 7 dbre.), las disputas entre Urdaneta y Briceño contribuyeron muy probablemente a resfriarlos con el Libertador; Vergara, por su parte, se disgustó a causa de las cartas que

Bolívar dirigía a Urdaneta para explicarle por qué rehusaba la presidencia. Yo me imagino que todos ellos contaban con Bolívar para sacar adelante alguna combinación o *jugada política*, que él con sus desvíos y con sus amenazas continuas de abandonar el país, hizo muy dificultosa y tal vez imposible. Y más me confirmo en esta hipótesis al leer en carta a Vergara, de 8 de diciembre (2100) estas excusas, la primera de las cuales sorprende en gran manera: «Nunca he creído que debía hablar a mis amigos sino en el lenguaje más franco y, por lo mismo, me complace cuando ellos usan conmigo de la misma libertad... Yo no he pensado nunca después de la reacción de Bogotá abandonar mi país y mis amigos por no participar de sus peligros y cuidados... Al General Urdaneta en particular le he hecho cuantas observaciones he podido sobre su situación y nuestros negocios. Antes hubiera sido inútil hacérselas, pues eran temores que reservaba para mí y que yo hubiera tratado de evitar. Pero cuando mis males me redujeron al último estado quise que se persuadiera de nuestra situación. Estas han sido las causas y efectos de mi conducta motivadas por razones que no he podido remediar. Pero ustedes creo que no han querido verla bajo este aspecto» (2100).

He dicho que no pueden leerse sin sorpresa estas excusas porque el 16 de noviembre anterior, ya era cosa muy pasada la reacción de Bogotá en favor de Bolívar, y en ese mismo día le escribió una carta a Justo Briceño en que no solamente reitera la consabida amenaza de salir del país, sino que declara cuán intolerable le es verse mezclado en contiendas y enjuagues políticos. Para mí tengo que esta actitud desagradó inmensamente a sus amigos y seguidores los cuales, persuadidos como debían estar de que Bolívar estaba agonizante, se apresuraban a menear su nombre en la rueda de

tantos azares, como se utiliza una ficha privilegiada que por su posición y no por sus movimientos en el tablero puede decidir la partida: «Por mi parte —escribe Bolívar— (2083) sé decir que más quisiera que los enemigos vencieran por fortuna o por valor, que no perderlos por nuestra propia culpa y temeridad. En el momento en que vea sacudir la discordia sus teas incendiarias, me embarco y me voy a Europa, porque yo tengo mucha experiencia de los partidos: yo me sacrifico por ellos y ellos se ríen de mí dejándome siempre burlado. De seis o siete discordias o guerras civiles que he procurado apaciguar, ninguna se ha extinguido enteramente y todas me han procurado embrazos mortales y enemigos irreconciliables».

Adelantaba el mes de diciembre de 1830, y Bolívar, ya en San Pedro Alejandrino, piensa más en el presente y en el futuro de Colombia que en sus propios reveses, e indudablemente alternan en su ánimo las angustias de la contemplación y los anhelos de la actividad. De grandes y gloriosos guerreros se ha contado que deliraron en sus últimas horas con el galope de escuadrones fantásticos, con cargas vencedoras, con el sordo rodar de los carros de guerra, con el tumulto crepitante de los combates. Así salían de este mundo dejando en él una simiente de leyendas y una levadura de inmortalidad. Mas el Libertador abandona el teatro de esta vida sin delirios fastuosos; simples y hasta prosaicas indicaciones, huérfanas de toda fantasía y estrictamente ceñidas a los sucesos militares de esos días, constituyen el asunto de sus últimas cartas: la miserable revolución de la Ciénaga, la expedición de Río Hacha, los 400 hombres que las enfermedades le inutilizaron a Valdés, los seis u ocho soldados que

andan por las montañas en compañía de Hormechea después del combate de Bonda (2094), la llegada de ocho jefes venezolanos, la urgencia de proceder contra los asesinos de Sucre (2099), la conveniencia de mandar a Paredes como jefe en la línea del Táchira, y de emplear a Infante en el Alto Llano (2101).

En verdad, en verdad, hacen falta para ilustrar la escena de la muerte de un Libertador, palabras más solemnes que éstas dictadas por su actividad guerrera; hacen falta otras que nos hagan sentir y comprender el ocaso del Bolívar meditando y triste, del Bolívar que pide amor a quienes ya arrancó el tributo de la admiración, del Bolívar que golpeó con doloroso ahinco a las puertas de la realidad para encontrar amargura y desengaño, del Bolívar que acendró jugo ingrato de todas las desilusiones y contrastes de la vida, para exprimir, en sola una frase, el secreto de su actividad y el ideal a donde lo condujo la contemplación: «Que cesen los partidos y que se consolide la República».

.....Y ahora sí, el Libertador puede ponerse en marcha hacia la gloria.....

